MARIA

EVANGELIO VIVIDO

DIEZ GUIAS PARA DESCUBRIR A MARIA EN LOS EVANGELIOS

La Casa de la Biblia

evd

verbo divino

La Casa de la Biblia

MARÍA, EVANGELIO VIVIDO

DIEZ GUÍAS PARA UNA LECTURA COMUNITARIA DE MARÍA EN LOS EVANGELIOS

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1999

En la preparación de estos materiales han participado:
José Ignacio Blanco, Pedro Ignacio Fraile, Fausto Franco, Julián Ruiz, José Pedro Tosáus, bajo la dirección y coordinación de La Casa de la Biblia.

Dibujos: *Jan Muza*

© La Casa de la Biblia 1999

© Editorial Verbo Divino
Avda. de Pamplona, 41, 31200 Estella (Navarra)

ISBN 84 8169 294 8

Fotocomposición: La Casa de la Biblia
Mayor, 81, 28013 Madrid

Impresión: GraphyCems
Villatuerta (Navarra)

Depósito legal: NA 704-1999
Impreso en España

PRESENTACIÓN

El proyecto nace de un trabajo en grupo

Con motivo del Congreso Mariano Internacional celebrado en 1998 en Zaragoza, se planteó a La Casa de la Biblia la posibilidad de ofrecer al público una serie de materiales sencillos para la lectura, reflexión y meditación de la figura de María en la Escritura. Nos animó a sacar adelante este proyecto el escaso material existente para grupos creyentes en torno a la figura de la Madre. Buscábamos, más allá de ideas teóricas y meramente intelectuales, dejarnos impresionar por los pasajes que hablan de María en el Nuevo Testamento, conscientes de que el testimonio que hoy se nos pide a los creyentes es hablar de lo que vemos, oímos y palpamos (cf. 1 Jn 1,1-4).

Para alcanzar este cometido, pedimos la colaboración de un grupo de biblistas y teólogos de Zaragoza. Ellos, bajo la coordinación y en estrecha colaboración con La Casa de la Biblia, fueron dando forma a estas guías de lectura.

Una reflexión comunitaria

En equipo elegimos nueve textos bíblicos de los evangelios y uno de los Hechos de los Apóstoles. Los diez hablan de María, de su camino de fe, de su disponibilidad sin límites para colaborar en la misión de su Hijo, de su presencia en los albores de la Iglesia.

Estos materiales se apoyan en tres claves de lectura que es importante tener en cuenta.

La primera clave es que son materiales para trabajar en *comunidad*. La comunidad enriquece y completa la propia visión, anima al compromiso, pero también exige apertura a los demás y entrega generosa de uno mismo.

La segunda clave es una *lectura creyente*, orientada a fortalecer la fe y que nos lleve, si es necesario, a modificar nuestras actitudes, porque la contemplación de María desde la Palabra siempre interpela nuestra vida.

Y como tercera clave, la *apertura a la conversión*, la disponibilidad para modificar en nuestra vida y a nuestro alrededor lo que sea necesario, lo que no se ajuste a las exigencias de la Palabra.

María, la Madre de Jesús, la mujer abierta al Espíritu, es el mejor modelo, la mejor intercesora en este camino que queremos comenzar como comunidad de fe abierta al Espíritu.

Los materiales

a) Un plan para cada situación

Como ya hemos señalado, estos materiales están pensados preferentemente para grupos que quieran profundizar en la figura de María desde los evangelios, si bien sirven también para la lectura, reflexión y meditación personal.

Pueden utilizarse de tres maneras diferentes:

– Como catequesis ocasionales con motivo de alguna celebración mariana o como preparación de grupos en los que exista una motivación hacia la figura de María.

– Como diez sesiones de reflexión durante un año, con encuentros cada quince días.

– Como diez sesiones de reflexión durante un trimestre, marcando los encuentros una vez por semana.

La duración de las sesiones es de hora y media, pero el animador, de acuerdo a las necesidades de su grupo, puede alargar, seleccionar o confeccionar su propio esquema de reunión respetando, en todo caso, las líneas básicas y los objetivos que vienen marcados al inicio de cada encuentro.

b) Esquema de una sesión

Antes de la reunión cada uno de los participantes leerá el pasaje que se indica al final de la sesión anterior, con ayuda de una pregunta muy sencilla. De este modo el texto bíblico ya tendrá una resonancia dentro de él y podrá compartir algo con el resto de los miembros cuando se realice el encuentro.

Durante la reunión, podemos señalar dos momentos, uno el de la "Guía de lectura" y otro el de "Para profundizar".

La "Guía de lectura" que presentamos es un modo de leer la Biblia en grupo. Parte de la vida para volver a ella después de ser iluminada por la Palabra de Dios. De este modo, se pretende poner en diálogo la experiencia personal del creyente con el pasaje bíblico alusivo a María. Contemplando cómo ella ha respondido a los retos y desafíos que le

tocó vivir, en cierto modo semejantes a los nuestros, y cómo su ejemplo es aliento en nuestras respuestas de fe actuales. La Guía conduce a una oración compartida en la que tenemos presente a María como intercesora y modelo para llegar al compromiso adquirido.

En el apartado "Para profundizar" se presentan una serie de temas complementarios a cada Guía de lectura. Se pretende así ofrecer a los participantes una sencillas ayudas para continuar conociendo el entorno en el que se desarrolló la vida de María, algunos aspectos de la Escritura donde ella aparece o elementos de la fe eclesial en María que consideramos de actualidad. Este apartado puede ser leído y comentado por todos los componentes del grupo durante la sesión, al final de la Guía de lectura; también puede dedicarse una reunión sólo a él y a las preguntas que suscite, o bien se puede invitar a que los participantes lo lean en casa, dejando el comentario para el encuentro con el grupo.

Después del encuentro cada participante lleva en los ojos y en el corazón la mirada y el latido de la Palabra. Le corresponde no apagar el fuego que ésta suscitó en su interior (cf. Lc 24,32), avivarlo mediante la reflexión personal y la implicación en el compromiso, consciente de que no se encuentra solo: la comunidad y María le acompañan en su tarea de seguidor coherente de Jesús resucitado.

Para seguir reflexionando

Indicamos sólo algunas obras sencillas que puedan ayudarnos a profundizar en la figura de María tal como nos la presentan los evangelios. Cada uno de los libros que indicamos ofrece, a su vez, bibliografía que puede sernos útil.

– R. Brown y otros (eds.) *María en el Nuevo Testamento* (Salamanca 1982) Ed. Sígueme.

Es un libro escrito por un equipo de especialistas luteranos y católicos. Presentan la figura de María en los evangelios y en la literatura de los primeros siglos. Es una obra para personas iniciadas en el tema. Puede servir como libro de consulta para aspectos concretos.

– J. C. R. García Paredes, *Santa María del 2000* (Madrid 1998) Ed. BAC.

Es un libro breve y muy sencillo que trata los temas fundamentales de la fe en María apoyándose en los textos bíblicos del Nuevo Testamento.

– J. P. Michaud, *María en los evangelios* (Estella 1992) Ed. Verbo Divino. Cuadernos Bíblicos nº 77.

El autor de este Cuaderno Bíblico presenta la figura de María desde lo que de ella se dice en los evangelios. La lectura que hace de los textos bíblicos es sencilla, no exenta de seriedad exegética, y sin olvidar que son textos de fe.

– X. Pikaza, *Amiga de Dios. Mensaje mariano del Nuevo Testamento* (Madrid 1996) Ed. San Pablo.

Esta obra nos propone a María como la mujer hecha mensaje y símbolo de amor para los cristianos. Consta de dos partes. La primera pretende mostrar el mensaje vivencial mariano que guardan siete textos del Nuevo Testamento dedicados a la madre de Jesús. La segunda parte se ocupa de la teología mariana desde la exégesis. Puede ser útil como libro de estudio y como obra para la reflexión personal.

– X. Pikaza, *La Madre de Jesús* (Salamanca 1990) Ed. Sígueme.

Es un libro pensado como ayuda para los que comienzan a estudiar mariología a un nivel bíblico-teológico. Se trabaja su presencia en la Escritura y en la Iglesia.

– S. Guijarro-M. Salvador, *Comentario al Nuevo Testamento*, La Casa de la Biblia (Madrid 1996) Atenas, PPC, Sígueme, Verbo Divino.

Este comentario, de fácil lectura, puede ser de utilidad para la comprensión de textos relacionados con María en el Nuevo Testamento.

El equipo de la Casa de la Biblia

1 MARÍA DE NAZARET, OYENTE ACTIVA DE LA PALABRA

¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En este primer encuentro, con el que iniciamos el recorrido de diversas etapas de la vida de María de Nazaret, nos proponemos los siguientes objetivos:

- Profundizar en el conocimiento cordial de quien tiene "oídos de discípula".
- Presentar a la Virgen María como la verdadera "oyente" que supo escuchar y acoger la Palabra con sencillez y en plenitud.
- Descubrir nuestra condición de oyentes privilegiados de esa Palabra aquí y ahora; y sentirnos, como María de Nazaret, llamados a hacerla nuestra y a difundirla.

"Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra"

Antes de comenzar, buscamos **Lc 1,26-38**

➤ Ambientación

En la escena de la Anunciación se hace temporal, cercana y actual la Palabra eterna de Dios. Nosotros repetimos una y otra vez en la liturgia: ¡Palabra de Dios!, ¡Palabra del Señor!... Sin embargo, no siempre la acogemos con verdadero interés, ni reaccionamos ante ella con la misma obediencia activa y gozosa de la Virgen María. Verdaderamente estamos necesitando acercarnos a ella, y aprender en su escuela la sencilla y eterna novedad de la Palabra de vida.

➤ Miramos nuestra vida

Nuestro mundo está lleno de prisa y de ruidos. Falta capacidad de escuchar, de hacer silencio. Vivimos un tiempo loco, de muchas palabras vacías. Pero, a pesar de todo ello, también hay búsquedas; y aunque a veces lo dudemos, siempre hay oportunidad de aprender nuevamente el valor de la escucha atenta, para ganar así espacios de admiración y fidelidad ante la Palabra iluminadora: "Sólo tú tienes palabras de vida eterna".

– *¿Sabemos escuchar a los demás? ¿Qué actitudes hacen falta para escuchar bien?*

– *¿Nos sentimos nosotros mismos escuchados cuando contamos a otros nuestras preocupaciones? Cuenta alguna experiencia.*

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

En medio del pueblo de Israel ya se habían dejado oír, en épocas anteriores, esas mismas palabras que María escuchó: "Alégrate", "el Señor está contigo", "su Reino no tendrá fin", "para Dios nada hay imposible"... Y, aunque oficialmente poseían la categoría de ser "Palabra de Yavé", no siempre habían encontrado el debido eco en el corazón de los israelitas; ellos padecían de un mal parecido al

nuestro: la sordera de la rutina. Sin embargo, esas mismas palabras, al encontrar resonancias nuevas e insospechadas en la Virgen María, adquirieron en ella la fuerza necesaria como para poner en marcha una nueva creación.

• Hacemos unos momentos de silencio.

• Con una mirada atenta, leemos Lc 1,26-38, y consultamos las notas de nuestra Biblia.

• Después, permitiendo que la luz de esa Palabra nos ilumine, respondemos a las preguntas siguientes:

– *¿Hay alguna frase de este relato que nos parece más importante? ¿Por qué?*

– *¿Cómo reacciona María ante la Palabra que le es anunciada?*

– *¿Qué cambios produce en María la escucha atenta y la acogida de esa Palabra?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

No es sólo la Virgen María quien recibe el anuncio de un "ángel". Ángel quiere decir "mensajero". Y todos encontramos en el camino de la vida "ángeles" que nos ponen muy cerca la Palabra del Señor. Personas y acontecimientos, así como ciertos detalles de la vida, pueden ser en realidad "mensajeros divinos". Aunque no sea exactamente igual que en el caso de la Virgen, también nosotros estamos recibiendo continuamente mensajes de Dios. Lo importante es saber acogerlos.

– *¿Hay alguna luz en este pasaje del evangelio que podamos aplicar a nuestro momento presente?*

– *¿Descubrimos en nuestra vida "ángeles" de Dios que nos hayan transmitido su Palabra?*

– *¿Acogemos la Palabra de Dios como dirigida verdaderamente a nosotros? ¿Qué cambios ha producido esta acogida en nuestra vida?*

➤ Oramos

Teniendo muy presentes nuestras limitaciones y nuestras indiferencias respecto a la Palabra de Dios, valoremos también, con la ayuda del Espíritu, los pasos que estamos dando en la escucha y en la acogida de esa Palabra que da luz y fuerza para vivir.

• Leemos de nuevo el relato o alguna frase del mismo y hacemos unos instantes de oración en silencio.

• Después nos expresamos con palabras o con gestos para pedir

perdón por nuestras sorderas y/o para dar gracias por nuestro despertar al influjo de la Palabra.

• Se puede terminar rezando juntos el "Angelus" o cantando: "Madre de todos los hombres, enséñanos a decir Amén".

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Al leer esta página del evangelio, es fundamental que nos situemos bien en el acontecimiento que nos es transmitido. Para conseguirlo, nos ayudará bastante el prestar atención a los lugares, a los personajes que configuran la trama, y a las actitudes que ahí aparecen.

Las indicaciones de lugar

En la Biblia, como en la vida, lo importante son los hechos; pero el lugar donde éstos ocurren siempre añaden algo especial. Por eso guardamos en el recuerdo tantos lugares y paisajes. Zacarías está en el Templo de Jerusalén cuando recibe el anuncio de que su esposa Isabel va a tener un hijo. El Templo es el lugar sagrado por excelencia y la ciudad de Jerusalén ocupa el centro de la historia de Israel. En cambio, la Palabra es dirigida a la Virgen María en "Nazaret de Galilea". Nazaret es una aldea que ni figura en los mapas oficiales; tan insignificante, que Natanael puede decir tranquilamente: "Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta" (Jn 7,52).

Pues bien, en ese marco tan profano y carente de valor dentro del ambiente judío, es donde "la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros". Por tanto, el texto nos ofrece datos comprobables de que la Palabra de Dios se ha hecho presente no sólo en el Templo, sino en una tierra que no puede presentar título alguno de grandeza. De esta manera nos indica pistas para que nosotros saquemos conclusiones.

Los personajes

Lucas nos transmite aquí el encuentro más prodigioso que podamos imaginar entre Dios y cualquier criatura humana. Pensándolo bien, sólo María estaría en condiciones de contar algo de lo que realmente ocurrió. Y ella no podía dar a entender lo profundo de esta experiencia sino mediante figuras propias de su cultura.

– El ángel: ángel quiere decir "mensajero". En la Biblia se emplea ese término con el matiz de "mensajero de Dios". Gabriel significa "Dios es mi fuerza". Es el mismo ángel que fue enviado a Daniel para revelarle la profecía de las setenta semanas. Está directamente asociado a la venida salvadora de Dios (Dn 8,16; 9,21). Es enviado a

Zacarías y a María, para anunciarles el nacimiento de sus hijos (Lc 1,19.26). Lucas no duda de la realidad de estos mensajeros (cf. Hch 23,8); pero, según el uso bíblico, cuando se produce una comunicación divina, también se puede hablar de intervención "de un ángel" (cf. Jn 12,29); y allí donde se dé una profunda experiencia espiritual, podemos decir que ha estado presente el Señor (cf. Lc 22,43). En definitiva, lo importante es señalar la profunda vinculación que existe entre el "Ángel/mensajero" y "Palabra/Experiencia de Dios".

– María: María, Mariam o Myriam es el nombre que había llevado en otro tiempo la hermana de Moisés y de Aarón (Éx 15,20). El significado del nombre no está claro, pero en el arameo del siglo I se interpretaba el nombre de María como "señora" o "princesa". Lucas se refiere en muchos momentos a María como una joven mujer del pueblo hebreo y fiel observante de la Ley (Lc 2,22.27.39); pero al mismo tiempo quiere dejar claro que no es una mujer judía cualquiera. En la Anunciación, es presentada primeramene como la "virgen desposada con José". Pero el ángel Gabriel la saluda diciéndole: "Dios te salve"; y a continuación va desgranando una letanía de dones de Dios: "llena de gracia", "el Señor está contigo", "Dios te ha concedido su favor", "concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús", ese hijo tuyo "será llamado Hijo del Altísimo", "el Espíritu Santo vendrá sobre ti", "el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra", el que va a nacer de ti "será santo y se llamará Hijo de Dios". Todas estas expresiones sublimes nos hablan de la grandeza de María, precisamente porque ella "escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica".

– El Espíritu Santo: según Lucas, Jesús, desde su nacimiento, está unido al Padre. Esta relación es obra del Espíritu Santo, a quien el evangelista describe como el poder o la fuerza de Dios (Lc 1,35), que estuvo presente en la creación del mundo (Gn 1,2) y que reaparece también ahora, en el momento en que se inicia la nueva creación de Dios. La presencia del Espíritu en el relato de la concepción virginal de Jesús está testimoniando que la salvación buscada y anhelada por hombres y mujeres de todos los tiempos nunca podremos hacerla brotar sólo con nuestras propias fuerzas. Siempre será don y regalo de Dios.

Las actitudes que aparecen en María

– Perplejidad y asombro: en un principio, María se siente confundida ante el saludo. ¡Son demasiadas impresiones para una joven de corazón sencillo, aunque esté sensibilizada con el proyecto salvador de Dios! Pero el ángel confirma la validez del saludo y disipa la confusión.

– Libertad de espíritu y madurez humana: la figura de María aparece con unos rasgos bien definidos de libertad y de madurez

excepcional. El diálogo resalta, junto a la sencillez de esta joven, su capacidad de intervención crítica y respetuosa: "¿Cómo será esto?".

– Escucha atenta y acogida de la Palabra: esto es lo más importante, lo definitivo. En María se realiza con perfección lo que el profeta Isaías había anunciado: espabilar todos los días el oído para escuchar como discípulos (cf. Is 50,4). Y esa escucha se convierte en disponibilidad total: "Hágase en mí según tu Palabra".

PARA PROFUNDIZAR

Acoger la Palabra

Ante las páginas de la Sagrada Biblia, mucha gente reacciona diciendo: "no saco nada de provecho, no sé cómo interpretar, me cuesta mucho entender lo que quiere decir". No cabe duda de que hay un problema serio en esa relación entre los creyentes y la Palabra de vida. Parece como si estuviéramos avanzando por un hermoso sendero, y de repente desapareciera el camino o tropezáramos con un muro infranqueable. ¿Cómo hacer un poco de luz en el tema?

La Biblia es apasionante, pero no siempre es fácil. Hay obstáculos reales que provienen de los mismos escritos bíblicos, del desconocimiento de las circunstancias de aquel tiempo y también del mismo lenguaje empleado: hay términos y giros propios de épocas muy diferentes a la nuestra. Pero, atención, ¿no puede ocurrir a veces que algunas dificultades dependan de nosotros mismos, de nuestras actitudes? A éstas especialmente queremos referirnos aquí.

Tres pasos incompletos

– Cada página de la Biblia es como un conocido con quien nos tropezamos en la calle; se trata de una persona extraordinaria que podría llegar a ser amiga de verdad. Pero si le decimos "¡Hola! ¿Qué tal?" y no prestamos atención a su respuesta, si seguimos adelante sin detenernos, ¿qué amistad podrá crecer entre los dos? Ése es uno de los problemas mayores para quien se cruza con la Palabra de Dios: rozar levemente su superficie y pasar a la ligera, sin entrar en su contenido. Apenas le dedicamos un poco de tiempo, y con un mínimo de interés. No rompemos la cáscara y, por eso mismo, nos resulta imposible saborear el fruto.

– Otras veces le dedicamos tiempo y esfuerzo, pero aquello que leemos lo consideramos como cosa del pasado; es decir, algo digno de ser recordado como "historia sagrada", y que nos hace exclamar: ¡qué bonito!... Pero no lo sentimos como algo actual y personal, como

algo que merezca situarse todos los días en el horizonte vital de nuestro aquí y ahora.

– Por fin, damos un paso más. Nos acercamos a la Palabra sintiéndola como algo que toca nuestra propia piel y que nos afecta. Como algo que es conveniente para nuestra experiencia de vida, y por eso mismo intentamos apropiárnoslo. Lo vemos necesario y procuramos guardarlo celosamente. Si lo hacemos así, ya hemos conseguido mucho. Pero falta un último paso que es definitivo.

Los pasos necesarios

Primero: es necesario interiorizar la Palabra de Dios que llega a nosotros. Se requiere esfuerzo y perseverancia activa en la búsqueda constante; pero se hace aún más imprescindible el dejarse conducir por ella. La Palabra nos sale al encuentro; hay que gastar con ella mucho tiempo gratuito, como se hace con los amigos. Y aunque habrá cosas que no lleguemos a entender por completo, siempre podremos "guardarlas en el corazón", como María, esperando tiempos mejores para la comprensión más profunda.

Segundo: no basta con interiorizarla; es necesario también hacerla presente, actualizarla. Cuando la Palabra de Dios es acogida en el corazón, más tarde o más temprano nos damos cuenta de que es actual; que lo que sucedió en el pasado también puede ocurrir en el presente. Y aunque nos preguntemos a veces, como los israelitas en el desierto, "¿Está o no está Dios entre nosotros?" (Éx 17,7), poco a poco iremos descubriendo que también nosotros podemos decir lo que Jesús en la sinagoga de Nazaret: "Hoy se cumple esta Palabra que acabáis de escuchar" (Lc 4,21).

Tercero: el gran obstáculo con el que nos encontramos es que en nuestros días se relativiza todo; y, como consecuencia, crece la inhibición de quienes hemos sido iluminados por esa Palabra que desea ser luz del mundo. Por eso, es urgente universalizarla; es decir, ofrecer a los demás "lo que nosotros hemos oído, lo que hemos visto, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos acerca de la Palabra de vida" (1 Jn 1,1). Es necesario potenciar la conciencia de ser enviados/misioneros, y ponerse en camino para llevar esa Buena Noticia a los demás; necesitamos abrir las manos para poder compartir la alegría del tesoro descubierto y de la perla encontrada (cf. Mt 13,44-46).

Peregrinos, con María de Nazaret, al encuentro de la Palabra

Para poder dar esos pasos, superando cada uno de los obstáculos, es conveniente que profundicemos siempre un poco más en el camino recorrido por María de Nazaret. Ella hizo realidad lo que estamos llamados a vivir hoy, sin excepción, todos los discípulos de Jesús. También a nosotros se nos dirige la Palabra que libera y salva. Está

al alcance de todos. No hace falta subir hasta el cielo, ni ir a buscarla más allá del mar. "La Palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica" (Dt 30,14).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar el próximo encuentro leemos Lc 1,5-45. En este pasaje aparece el relato de dos anunciaciones: la de Juan Bautista y la de Jesús. En ambos relatos hay cosas muy parecidas, pero también encontramos diferencias. Mientras vamos leyendo el texto, podemos anotar lo que nos venga a la mente, respondiendo a la siguiente pregunta:

¿Qué cosas comunes hay en las dos anunciaciones y qué diferencias encontramos?

NOTAS

2 MARÍA, BENDITA Y BIENAVENTURADA

¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

María ha acogido la Palabra en sus entrañas. El sí que pronuncian sus labios refleja la actitud de su espíritu abierto al plan de salvación de Dios. Las noticias de su prima Isabel hacen que se ponga en camino y que vaya a su encuentro con actitud gozosa y de servicio.

En esta sesión nos proponemos:

• Descubrir cómo en María se hacen realidad todas las bendiciones de Dios a su pueblo, culminando la historia de las grandes mujeres de la Escritura.

• Contemplar a María como la primera bienaventurada.

• Reflexionar acerca de la propuesta de felicidad que nos hace este pasaje.

"Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre"
"Bienaventurada tú que has creído"

Antes de comenzar, buscamos **Lc 1,39-45**

➤ Ambientación

En nuestra sociedad se usan con cierta frecuencia los términos "bendecir" y "maldecir". Bendecimos la comida, el agua; se bendicen los campos, los niños; bendecimos objetos religiosos para nuestra devoción. Por el contrario, también existe la maldición.

Alcanzar la felicidad, la dicha plena, es meta de todo ser humano. María es presentada como bendita y como bienaventurada por su prima Isabel, pero lejos de los patrones que utilizamos nosotros para bendecir a otro o para decidir en qué consiste la felicidad o quién es feliz.

➤ Miramos nuestra vida

En la vida ordinaria nos encontramos con situaciones que provocan espontáneamente en nosotros la experiencia de la bendición o de la maldición. Los creyentes, cuando contemplamos la acción de Dios en la vida, bendecimos su nombre. Pero, por otra parte, cuando necesitamos su ayuda, su consuelo, su favor, su paz, pedimos su bendición. No podemos negar tampoco que en situaciones extremas puede surgir en el interior del ser humano el deseo de maldición. Con la maldición se busca atraer la desgracia, el infortunio, la desdicha para el otro.

– ¿Cuándo solemos bendecir? ¿Qué sentido le damos a esta bendición?

– ¿Cuándo decimos a alguien "dichoso tú" o "feliz de ti"?

– ¿Qué personas, cosas o situaciones te colman de alegría, te hacen sentirte lleno, te satisfacen y te dan paz interior? ¿Por qué se produce en ti esa felicidad?

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

Vamos a ver si la Palabra de Dios puede iluminar estas experiencias que encontramos en la vida ordinaria.

• Antes de escuchar la Palabra de Dios hacemos un momento de silencio para prepararnos interiormente.
• Proclamación de Lc 1,39-45.
• Silencio. Leemos cada uno de nuevo el pasaje y miramos las notas.
• Tratamos de responder juntos a estas preguntas:
– *¿Cómo describe el texto la actitud de María? Nota cada detalle.*
– *¿Quién hace que Isabel irrumpa en ese grito?*
– *¿A quién bendice Isabel? ¿Con qué palabras llama a María?*
– *¿Por qué es proclamada bienaventurada María?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

Partiendo de la propia experiencia contrastada por todos los miembros del grupo e iluminados por la Palabra de Dios, buscamos profundizar en este pasaje evangélico y ver en María a la perfecta bienaventurada.

– *¿Crees que es motivo de felicidad completa el fiarse de Dios y creer en Él?*

– *¿Vivimos con alegría nuestra vida y la consideramos tiempo de salvación?*

➤ Oramos

Presentamos al Señor nuestra reflexión y nuestra vida compartida. Le pedimos que Él sea nuestra alegría, y que encontremos en la fe un motivo de alabanza y de felicidad para todos nosotros.

• Volvemos a leer Lc 1,39-45.

• Unos pueden espontáneamente bendecir a Dios por distintos motivos mientras que otros pueden decir "bienaventurados los... porque...".

• Cantamos "Bienaventurados seremos, Señor" u otro canto semejante que todos conozcamos.

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Si buscamos el marco de este breve texto, conocido como la Visitación, descubrimos el paralelismo que Lucas establece continuamente entre Jesús y Juan. Después del prólogo (Lc 1,1-4) con el que inicia su relato, el evangelista dibuja un tríptico: en un primer

cuadro narra el anuncio del nacimiento de ambos (Lc 1,5-56); en una segunda tabla pinta el nacimiento de Juan y a continuación el de Jesús (1,57-2,52); en el tercer lienzo, la primera actividad de ambos (Lc 3,1-4,13). Lucas propone en esta doble presentación el paso del Antiguo al Nuevo Testamento, del tiempo de la promesa al tiempo del cumplimiento, y el carácter definitivo de Jesús y su misión sobre el de Juan. Para Lucas, en Jesús se cumplen las promesas de salvación que Dios había hecho al pueblo de Israel y con Él se inaugura un tiempo nuevo.

El pueblo fiel de Israel ha esperado con impaciencia la llegada del Mesías abrigando y madurando antiguas promesas. Los antiguos profetas (Isaías, Ezequiel, Zacarías) han ido marcando el camino, invitando al pueblo a que pusiera su esperanza en la intervención de Dios. Isabel es la personificación de todo un pueblo creyente que espera. María es el seno que engendra la promesa de Dios. La Visitación es el encuentro de dos madres (Isabel y María), de dos hijos (Juan y Jesús) y de dos tiempos en la historia de la salvación, el tiempo de la esperanza y el del cumplimiento.

Los varones están desplazados de la escena. En los primeros versículos del capítulo aparece Zacarías, sacerdote recto a los ojos de Dios, que sin embargo desconfía del anuncio del ángel, pide garantías para creer que va a ser padre (Lc 1,18.20); la desconfianza le acarrea la mudez temporal. Zacarías pertenece todavía al Antiguo Testamento, no tiene capacidad de contemplar lo nuevo, mientras que María es la mujer que inaugura los nuevos tiempos. Son dos actitudes distintas frente al ángel que anuncia: María acepta sin reservas que se cumpla en ella la Palabra de Dios (Lc 1,38) mientras que Zacarías duda (Lc 1,18).

Las protagonistas de la Visitación son dos primas, Isabel y María. Isabel, la esposa de Zacarías, se sitúa en línea con todas las mujeres estériles del Antiguo Testamento que después de un largo tiempo de espera son agraciadas por Dios. Recordemos a Sara, la mujer de Abrahán (Gn 17,15; 18,11-14; 21,1-4), la madre de Sansón (Jue 13,2-5.24), la madre de Samuel (1 Sm 1,5.19-20). En ellas se hace visible la acción de Dios que con su mano lleva adelante la historia y nos sorprende una y otra vez.

María se pone en marcha "por aquellos días", es decir, poco después de la Anunciación (Lc 1,26-38). El Ángel Gabriel anuncia a María que su prima Isabel está encinta. María se pone en camino con presteza, es la actitud de la mujer que no espera a que le llamen cuando hay una necesidad, sino que sale al encuentro para ver en qué puede ayudar. El viaje entre Nazaret y la ciudad de Judá de la que habla el texto supone cuatro días de camino atravesando las montañas. El texto no aporta nada más, pero según una anti-

gua tradición se trataría de la actual ciudad de Ain Karem, situada a unos siete kilómetros al oeste de Jerusalén.

La acción pasa a Isabel, que prorrumpirá en una bendición y en una bienaventuranza. El saludo de María, que lleva al Mesías en su seno, alcanza a Isabel y, a través de su madre, al precursor del Mesías, a Juan. El niño salta de alegría en su seno. El movimiento natural del niño se convierte en signo del gozo que suscita el encuentro de los dos niños, de los dos tiempos, el de la promesa y el del cumplimiento. Las palabras que brotan de la boca de Isabel son fruto del Espíritu Santo que ha descendido sobre ella y le ha dado a conocer el misterio de María (Lc 1,41). Isabel, constituida profetisa del tiempo que se inaugura, recoge y confirma el saludo del ángel Gabriel proclamando la bendición de Dios a María y al fruto de sus entrañas: "bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" (Lc 1,42). Desde antiguo Dios ha bendecido abundantemente a su pueblo. Es la bendición descendente, en la que toda la humanidad se beneficia de la acción misericordiosa de Dios. Bendice a Abrahán y en él a toda la humanidad "en ti bendeciré a todos los pueblos de la tierra" (Gn 12,3), bendice a David y a toda su casa con un reinado perpetuo (2 Sm 7,16.29). En la plenitud de la historia, María es bendecida y en ella se inaugura el nuevo tiempo mesiánico, el tiempo de Cristo, fruto de su vientre. En la joven María se bendice a Dios, bendición ascendente, porque derrama su bondad con nosotros. La vida del creyente se torna así en bendición continua a Dios.

Isabel sigue reaccionando con una exclamación de extrañeza "¿de dónde a mí esto?" entremezclada con una profesión de fe: "la madre de mi Señor". Juan inaugura su misión anunciando por boca de su madre el señorío de Jesús. Isabel confirma en una segunda frase (comparar Lc 1,41 con Lc 1,44) que, como consecuencia del saludo de María, es la alegría la que hace saltar al niño en el vientre de Isabel. El tiempo de salvación es tiempo de alegría.

La intervención de Isabel concluye con una bienaventuranza: "Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá lo que el Señor te ha prometido" (Lc 1,45). María es proclamada bienaventurada no por participar de los bienes o de los poderes de este mundo sino por su fe limpia y acogedora de la palabra del ángel y porque ha creído sin poner reservas a Dios, porque la promesa de Dios se cumplirá en ella.

La mujer en el judaísmo de la época

Nos acercamos a la figura de la mujer en el judaísmo desde una doble vertiente que, por otra parte, tiene una estrecha relación entre sí: su condición social y religiosa.

Condición social

La posición de la mujer en la sociedad judía tiene que ver directamente con el ámbito familiar. El respeto y aprecio del que goza depende del número de hijos –especialmente varones– y de la capacidad para llevar bien la casa. Su marido se dedica a ella y los hijos le deben obediencia y respeto, lo mismo que al padre. Tradicionalmente el destino natural y originario de la mujer es la maternidad, lo que hace que el mandato de reproducción vaya dirigido al hombre, y no a la mujer. En cambio, como en todo el Antiguo Oriente, la esterilidad se imputa a la mujer; más aún, según el derecho tradicional, puede ser motivo de divorcio si al cabo de diez años no tiene hijos. Las obligaciones de las mujeres consisten en el cuidado de los hijos menores, la educación de las hijas para su futura misión como esposas y madres, la administración de la casa y la fiel observancia de las respectivas prescripciones rituales. El marido hace elogio de la buena ama de casa y los sabios la exaltaban (Prov 31,10-31).

El matrimonio para el mundo judío, sin llegar a ser un sacramento, es un contrato que pasa de lo meramente profano a la esfera de lo sagrado; de hecho, el acto que establece el vínculo conyugal se denomina "santificación". Los letrados aconsejaban conceder a las muchachas en matrimonio desde la edad de doce años, y casar a los muchachos a la edad de dieciocho; la edad de veinte años se consideraba límite extremo. El adulterio se considera de especial gravedad y está castigado con la lapidación de la mujer, mientras que el varón no incurre en falta si mantiene relaciones con otras mujeres fuera de su esposa (esclavas o prostitutas). En caso de que el marido quiera divorciarse de su mujer por haber encontrado en ella "algo desagradable", debe entregarle un "libelo de repudio", documento que permite a la mujer volver a casarse; por otra parte, la mujer, según la Ley judía, no podía solicitar el divorcio.

La mujer siempre es "menor de edad"; si es joven está sujeta a la autoridad del padre, y si está casada, a la del marido, a quien llama "señor". El contrato de matrimonio ofrece la posibilidad de llegar a acuerdos favorables a la mujer, en cuanto su derecho a los bienes, aunque, por lo general, la administración y usufructo del capital corresponde al marido, y ante una herencia no puede here-

dar del marido ni tampoco de su padre, excepto en ausencia de un heredero masculino.

La costumbre manda que en la medida de lo posible, la mujer no se muestre excesivamente en público. Para el hombre, el trato con mujeres se considera si no como posible, sí al menos como aparente ocasión de pecado, por eso hay que restringirlo a lo absolutamente indispensable.

Condición religiosa

La mujer judía no puede ser sacerdote ni desempeñar otras funciones del culto –como cantar, limpiar, preparar ofrendas– que están reservadas a los varones levitas. Su presencia en el Templo de Jerusalén se limita al "atrio de las mujeres", situándose sólo por delante de los paganos. Lo mismo pasa en la sinagoga, donde ocupa un lugar distinto de los hombres. Para la oración es imprescindible que haya al menos diez varones mayores de edad; de otra forma, aunque haya un nutrido número de mujeres, no puede comenzar. En el antiguo Israel sí que tenemos constancia de mujeres profetisas: Miriam (Éx 15,20s), Débora (Jue 4,4), etc.

La Ley contempla una serie de consideraciones rituales en las que entra en juego la dialéctica de lo puro-impuro y que afectan al mundo femenino. Tanto la menstruación (Lv 15,19-30) como el parto condicionan toda una serie de precauciones y prescripciones. Por el parto la madre queda impura treinta días si es niño y cuarenta y dos si es niña. Pasados estos días, la mujer piadosa ofrece un sacrificio en el Templo (Lv 12,2-6; Lc 2,22-24).

La responsabilidad religiosa sobre la mujer incumbe al padre, o al marido. Los votos de la mujer debe revalidarlos el marido, el cual puede también invalidarlos (Nm 30,4-17). Sólo el hombre está obligado a una plena observancia de la Toráh. En la bendición matutina el hombre da gracias a Dios por no haberlo creado pagano, ni mujer, ni esclavo.

En este contexto social y religioso vive María, desposada con José, en un pueblecito de Galilea, Nazaret, sometida a las prescripciones religiosas y sociales del judaísmo del siglo primero.

María e Isabel inauguran los nuevos tiempos

En este contexto de marginación o de exclusión a la que están sometidas las mujeres, sobresalen con más fuerza aún si cabe las dos figuras femeninas tal como nos las presenta el evangelista Lucas.

La escena es sólo de mujeres. Ellas son las que han esperado, las que han creído (recordemos que Zacarías duda) y las que se funden en un abrazo que en realidad es el abrazo de los dos tiempos salvíficos, el que está gritando su consumación y el que la rea-

liza. Juan y Jesús saltan de alegría en el vientre de sus madres al encontrarse y saludarse.

La historia de la salvación en el evangelio de Lucas pasa por la entrega total e incondicional de María a la Palabra de Dios. Lejos de ocupar un papel secundario, de mera comparsa, María es protagonista, es mujer que dice sí, que arriesga, que se fía, que acepta que Dios entre en su vida y la transforme y la cambie totalmente.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

En nuestro próximo encuentro vamos a detenernos en el pasaje del "Magníficat". Está en Lc 1,46-55. Mientras lo lees, fíjate en esto:

¿Cuales son los motivos por los que María alaba a Dios?

NOTAS

3 MARÍA ALABA AL SEÑOR

¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

María ha visitado a Isabel. En ellas se han encontrado los dos hijos, Juan y Jesús, y los dos tiempos, el tiempo de la promesa y el del cumplimiento.

Al saludo de Isabel, María responde con el salmo de acción de gracias que conocemos bajo el nombre de "Magníficat". En este encuentro vamos a participar, a través de este salmo, de la admiración de María ante las maravillas de Dios.

Nos proponemos un triple objetivo:

- Recoger los sentimientos de María después del mensaje del ángel en respuesta al elogio de Isabel.
- Descubrir que Dios invierte las situaciones.
- Tomar conciencia de que el "Magníficat" nos invita a la acción.

GUÍA DE LECTURA

"Proclama mi alma la grandeza del Señor"

Antes de comenzar, buscamos **Lc 1,46-55**

➤ Ambientación

San Lucas nos presenta el "Magníficat" inmediatamente después de la escena de la Visitación. Nos encontramos con una poesía que describe la actuación de Dios en la historia de la salvación. Los sentimientos humanos vibran en la contemplación del gran acontecimiento que une la pobreza de María con la riqueza divina. Las palabras de Isabel: "dichosa la que ha creído" permiten que María preste voz a los que esperan al Redentor. Se despliega un abanico de vivencias sobre Dios, Israel, la humanidad y sobre la persona de María.

➤ Miramos nuestra vida

La experiencia nos dice que nuestro caminar es a veces titubeante, lleno de vacilaciones. Hay situaciones que no podemos afrontar solamente con nuestras fuerzas. Pero también nos vemos confortados con apoyos y estímulos que no proceden de nosotros, ni de nuestras capacidades. Por ello nos sentimos invitados a reconocer y agradecer la ayuda que se nos regala gratuitamente.

– *¿Sabemos ser agradecidos?*
– *¿De qué cosas podemos dar gracias en la vida?*
– *¿Cómo solemos expresar nuestro agradecimiento?*

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

El "Magníficat" describe las obras salvíficas de Dios, y María se convierte en testigo y cantora de esas maravillas.

• Nos preparamos para acoger la Palabra de Dios con unos instantes de silencio. El Señor nos habla.
• Un miembro del grupo proclama Lc 1,46-55.
• Cada persona vuelve a leer con detenimiento el pasaje, consultando las notas de la Biblia.
• Entre todos, tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- *¿Por qué María alaba a Dios?*
- *¿Qué ha hecho Dios en la vida de María?*
- *¿En qué consiste la obra salvadora de Dios en la historia del pueblo de Israel?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

Muchas veces hemos escuchado el "Magníficat" y la Iglesia lo reza cada atardecer. Pero deseamos que impregne nuestra vida, que la fecunde y la haga germinar.

- *¿Reconocemos las acciones de Dios en nuestra vida personal y comunitaria? ¿Dónde? ¿Cuándo?*
- *¿A qué nos empuja este reconocimiento?*

➤ Oramos

Expresamos en forma de oración lo que nos ha sugerido la lectura y meditación del "Magníficat".

• Después de una pausa de silencio para crear un clima de oración, volvemos a leer Lc 1,46-55.

• En la oración personal le pedimos al Señor que abra los ojos y los oídos de nuestro corazón para que podamos comprender más hondamente su Palabra.

• En la oración comunitaria sintonizamos con los sentimientos de María para dar gracias al Señor por todo lo que realiza en nuestras vidas y en las de nuestros pueblos.

• Podemos concluir cantando el "Magníficat".

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Vamos a intentar penetrar en el canto de María. Dicho poema, conocido tradicionalmente con el nombre latino de "Magníficat", se encuentra situado en la narración del encuentro de dos madres, María e Isabel, que es en realidad el encuentro de los dos hijos, Juan el Bautista y Jesús (Lc 1,39-56). Se trata de un salmo de acción de gracias compuesto de citas y alusiones al Antiguo Testamento. Existe una estrecha relación entre este cántico y el pronunciado por Ana (1 Sm 2,1-10). En ambos casos, una mujer proclama solemnemente la gran intervención de Dios, al escogerla para ser madre de una figura decisiva en la realización de su plan salvífico.

El poema comienza con una breve introducción (Lc 1,46b-47) en la que María estalla en acción de gracias y reconoce la grandeza de Dios como fuente de todas las bendiciones que se derraman sobre ella: "Proclama mi alma la grandeza del Señor". "Mi alma" equivale a "mi persona". Continúa el canto diciendo: "se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador". No se indica límite en el tiempo para esta alegría. Se destaca el júbilo, el gozo immenso de María, la alegría con la que contempla a Dios. Es la primera vez que aparece en Lucas el título de Salvador, que cobrará gran importancia a lo largo de su evangelio. Se crea una atmósfera de "alegría" que caracterizará, en las narraciones de la infancia, a los que perciben el surgir de una nueva era, inaugurada por la actuación de Dios en Jesucristo. Irrumpe la alegría de la plenitud de los tiempos.

Podemos dividir el poema en dos partes. La primera es una acción de gracias personal de María (Lc 1,48-50) y la segunda contiene el agradecimiento del pueblo de Israel (Lc 1,51-53). La primera parte comienza dándonos la verdadera razón de la alabanza de María, "porque ha mirado la humillación de su esclava" (Lc 1,48). La que será la madre de Dios se ha autopresentado en Lc 1,38 como "esclava" y su "humillación" es expresión de su pequeñez. María confiesa que no son sus méritos los que la hacen madre del Mesías; y, por eso, proclama que Dios es grande. María continúa exclamando: "Desde ahora me felicitarán todas la generaciones" (Lc 1,48). La madre del Señor es proclamada dichosa, bienaventurada, es especialmente exaltada como primer modelo de quienes van a aceptar, en la fe, la personalidad de su Hijo. "Porque el poderoso ha hecho obras grandes por mí" (Lc 1,49) recuerda la actuación de Dios en María, que la hace Madre del Señor, y se relaciona con las hazañas históricas de Dios en favor de su pueblo (cf. Dt 11,7; Jue 2,7). Rememora de alguna manera el Éxodo y la Alianza del Sinaí. Concluye esta primera parte del canto con las palabras de María: "su misericordia llega a sus fieles" (Lc 1,50). "Fieles" significa los que le respetan; no se trata de "miedo" sino de "fidelidad". La misericordia inagotable de Dios para los que le respetan es un lugar común del pensamiento israelita. Ahora María atestigua esa verdad en un sentido más personal. El ángel le había dicho que no tuviera miedo (Lc 1,30) y que el reino sobre el que iba a reinar su hijo no tendría fin (Lc 1,33), de modo que la nueva alianza en Jesús es un ejemplo de la misericordia de Dios de generación en generación.

En la segunda parte del poema los motivos de alabanza no son ya tanto los del orante sino los del grupo de los pobres. "Él hace proezas con su brazo" (Lc 1,51). El "brazo" de Dios es símbolo de su fuerza y de su poder; el "brazo" de Dios cambia, e incluso invierte,

las situaciones humanas. "Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos" (Lc 1,52-53). Lucas nos muestra en este canto un tema de su predilección: Dios se apiada de los pobres (Lc 6,20-26; 16,19-25). En realidad no hay aquí sólo una alabanza a los pobres, de los que María es representante, sino una concepción utópica de la historia en la que la misericordia de Dios y la fuerza de su brazo se dirigen a derribar a los ricos y soberbios y a levantar a los pobres y humildes. Los que cuentan ante los ojos de Dios son los que pasan desapercibidos para los poderes de este mundo.

El cántico concluye con los versículos 54 y 55. Con la expresión "auxilia a Israel su siervo" resuena el tema del siervo del Señor (Is 41,8-9). Los pobres, cuya voz recoge el cuerpo del himno, se identifican con el resto de Israel. La salvación realizada en Jesús es el acto definitivo por el que Dios cumple su alianza con Israel, la última manifestación de su misericordia para con el siervo, su pueblo. "Acordándose de la misericordia como lo había prometido a nuestros padres." Estos versos nos recuerdan lo que anunció Miqueas (Miq 7,20): "Así manifestarás tu fidelidad a Jacob y tu amor a Abrahán, como lo prometiste a nuestros antepasados, desde los días de antaño". En la conclusión del himno confluyen todas las líneas de la promesa: la patriarcal (cf. Gn 17,7; 18,8; 22,17) y la davídica (2 Sm 7,11-16).

PARA PROFUNDIZAR

La revolución de Dios

Dispersó a los de corazón soberbio. Derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada.

A lo largo de la historia estos versos del "Magníficat" han sido objeto de muy diversas interpretaciones. Hay quien se ha acercado a ellos en clave espiritualista; otros, mucho más comprometidos con el vivir de los hombres, nos han hablado de la "revolución de Dios". Para los Padres de la Iglesia y los primeros teólogos, los "soberbios y poderosos" eran los demonios, los sabios griegos, los judíos incrédulos o los fariseos de tiempos de Jesús. Más recientemente, a los cristianos de las comunidades eclesiales de base en Latinoamérica este mismo himno les habla del derribo de los dictadores y de los grandes poseedores de este mundo, y proclama el nuevo poder de los sin-poder que triunfa sobre la violencia de los poderosos.

Intentando leer estos versículos en el conjunto de la Escritura encontraremos luz para acercarnos un poco a su sentido más genuino.

Para poner arriba a los que están abajo,
para que se salven los que están hundidos

El tema de la inversión de situaciones recorre todo el Antiguo Testamento. En sus páginas leemos esta revolución como expresión del poder de un Dios que "empobrece y enriquece, humilla y exalta, levanta del polvo al miserable y al pobre del estiércol" (1 Sm 2,7-8), que "humilla a los soberbios y salva a los humildes" (Job 22,29).

El Antiguo Testamento nos habla de un Dios que tiene delante a los orgullosos y los ricos, y que triunfa destruyendo todo lo que aliena al hombre; un Dios que mira con bondad y levanta de su postración al pobre de bienes y rico en miseria (Eclo 11,12). Este Dios se manifestará cuando llegue el Mesías, salvador de los oprimidos: "Me ha enviado para dar la buena nueva a los pobres, para curar los corazones desgarrados, y anunciar la liberación a los cautivos, a los prisioneros la libertad" (Is 61,1).

Hay últimos que serán primeros

Las parábolas de Jesús recogen frecuentemente esta antigua tradición: el hijo pródigo o la oración del fariseo y el publicano son ejemplo de ello. Algunos otros textos insisten con fuerza en esta enseñanza sobre el servicio y en lo que es realmente apreciado por Dios: "Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve" (Lc 22,26), "hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos" (Lc 13,30), "porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado" (Lc 14,11).

También Pablo expresa esto mismo de manera extraordinaria en el himno de Flp 2,6-11, donde describe la paradoja de la potencia de Dios en la debilidad de la cruz: Cristo Jesús se despoja de su grandeza, toma la condición de esclavo y se humilla hasta la muerte. Pablo dará a esta actuación de Dios el valor de una Ley constante para los hombres: "Al contrario, Dios ha escogido lo que el mundo considera necio para confundir a los sabios; ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes; ha escogido lo vil, lo despreciable, lo que es nada a los ojos del mundo para anular a quienes creen que son algo" (1 Cor 1,27-28).

En la Nueva Alianza, la inversión de situaciones efectuada por Dios ha perdido el carácter espectacular que tenía en tiempos del Éxodo. A menudo se trata de fenómenos escondidos que solamente pueden descubrirse a la luz de la fe, y que encuentran su punto culminante en la Encarnación del Hijo y en su exaltación a la

derecha del Padre. Por la acción del Espíritu, estos vuelcos divinos se efectúan sin violencia, en el fondo de los corazones, aunque no por eso dejen de tener una fuerte repercusión en la historia.

Los pobres, bastante numerosos en la comunidad primitiva, viven una condición económica ligada a actitudes interiores. La pobreza incluye un aspecto de disponibilidad interior y de esperanza en Dios (María, Simeón, Isabel, etc.). El binomio orgullo-humildad alude a una actitud de corazón. Unida a la humildad, la pobreza adquiere un significado que la relaciona con las normas morales y con actitudes espirituales.

Una actualización para nuestro tiempo

El Señor continúa actuando. Ésta es una buena noticia en el presente y para el futuro. Al establecer su Reino, Cristo consuela desde ahora al pobre y al afligido. Sus gestos históricos son signos actuales y anticipos de la plena victoria sobre el mal y la pobreza. Además, desde la promesa del Señor, "el que cree en mí, hará también las obras que yo hago, e incluso otras mayores" (Jn 14,12), confiamos en que las obras más grandes se realizarán todavía en el Espíritu por medio de los creyentes. Estas obras son el milagro del amor fraterno, "con hechos y de verdad" (1 Jn 3,18).

El "Magnificat" es una llamada a la acción. Interpretado y completado con otros textos del Nuevo Testamento, nos indica un objetivo en nuestra vida, y nos fuerza a contemplar la historia en una perspectiva de fe. El poder es sustituido por el servicio en la nueva Ley de Cristo. Las antiguas categorías de poder pierden su significado, y se realiza un vuelco de la situación en favor de los que nada pueden.

Tenemos, pues, que rechazar una interpretación exclusivamente espiritualista, que edulcora los versículos 51-53, y también una interpretación exclusivamente secularizada, que transforma el "Magnificat" en un canto revolucionario. El cántico se orienta hacia Dios, pero un Dios que, a su vez, se orienta hacia los hombres, un Dios que prefiere a los pobres y a los oprimidos de la tierra.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

En la próxima reunión trataremos sobre la maternidad de María, y lo haremos leyendo el texto de Lc 2,1-20. Nos guiará la siguiente pregunta:

¿Qué lugar ocupa María en la escena del nacimiento y cómo vive lo que está ocurriendo?

NOTAS

4 MARÍA, MADRE DE DIOS

¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

María, la mujer creyente, ha abierto su vida al Misterio, se ha dejado llenar del Espíritu Santo. Su sí incondicional a la voluntad de Dios la hace madre de Jesús, el Salvador. Engendra con Él un tiempo nuevo. En este encuentro queremos profundizar en la maternidad de María a la luz del pasaje de san Lucas sobre el nacimiento de Jesús.

Nuestros objetivos fundamentales son tres:

- Releer el pasaje del evangelio de Lucas sobre el nacimiento de Jesús y contemplar en él la experiencia de la maternidad de María.
- Conocer el valor de los dogmas marianos en el conjunto de nuestra fe.
- Agradecer el don de la encarnación de Dios.

GUÍA DE LECTURA

"Y dio a luz a su hijo primogénito"

Antes de comenzar, buscamos **Lc 2,1-20**

➤ Ambientación

En el tema anterior hemos reflexionado sobre la alabanza de María y sobre la inversión de las situaciones que Dios realiza en la historia. Al tratar ahora sobre la maternidad de María queremos detenernos en el significado de este título y las implicaciones que tiene para nuestra vida de cristianos.

➤ Miramos nuestra vida

La maternidad de María no fue solamente física, sino que se desarrolló en el sentido más completo, por su prestación total y su disponibilidad y cooperación sin reservas, porque María concibió al Hijo antes en su corazón que en su cuerpo. Su singularidad viene de una actitud interior de fidelidad consciente.

– *¿Qué experiencias tienes de paternidad y maternidad?*

– *¿Has tenido sentimientos de paternidad y maternidad hacia algunas personas? Cuenta tu experiencia.*

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

Para venir a este mundo, Dios escogió la mediación de una mujer. Quiso tener una madre como todos nosotros.

- Para disponernos a escuchar la Palabra de Dios, preparamos nuestro corazón con un momento de silencio, invocando la presencia del Espíritu Santo.
- Proclamación del pasaje Lc 2,1-20.
- Reflexionamos en silencio leyendo de nuevo el pasaje de modo personal, con la ayuda de las notas de nuestra Biblia.
- Respondemos entre todos a estas preguntas:
  - *¿En qué circunstancias se produce el nacimiento de Jesús?*
  - *¿Qué les comunica el ángel a los pastores?*
  - *¿Qué reacciones diferentes surgen en los personajes?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

Después de escuchar atentamente el texto nos preguntamos acerca del sentido profundo del nacimiento de Jesús y de la importancia de la maternidad de María. Si Jesús se sitúa en el centro del tiempo, de modo que podemos decir que hay un antes y un después de Cristo, este momento crucial de la historia debe ser valorado en toda su densidad. Jesús nació de María y sin madre todo sería diferente.

– *¿Qué significa para ti que María es madre de la humanidad?*

– *¿Cómo sigue ejerciendo María su maternidad actualmente?*

➤ Oramos

Queremos recoger en forma de oración todo lo que nos ha sugerido la lectura y la meditación del pasaje. La oración se despliega como un abanico en su multiplicidad de facetas: alabanza, acción de gracias, súplica, intercesión, etc.

• Realizamos una nueva lectura de Lc 2,1-20.

• *Oramos personalmente con el corazón lleno de lo que Dios, su* Palabra y la comunidad nos han ido transmitiendo.

• Expresamos el fruto de nuestra oración personal en un momento de oración comunitaria.

• Concluimos con un villancico que todos conozcamos.

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

El relato que hemos leído (Lc 2,11-20) está situado dentro de los llamados *Evangelios de la Infancia* (Lc 1-2), que vienen a ser como una obertura donde se anticipan los grandes temas que se desarrollarán luego a lo largo de todo el evangelio.

Los primeros versículos de este relato (Lc 2,1-5) describen las circunstancias en las que se produjo el nacimiento de Jesús. Como consecuencia de un edicto de empadronamiento ordenado por el emperador romano Augusto, un ciudadano de Galilea llamado José tuvo que trasladarse con su esposa desde Nazaret hasta Belén, pues ésta era la ciudad de sus antepasados. Desde el punto de vista histórico, no existen documentos en los que conste que Augusto ordenara un censo de todos los habitantes del Imperio, ni de que éstos necesitasen ir a empadronarse en su ciudad de origen. En cambio, tenemos noticia de algunos censos de población destinados a los habitantes de una determinada provincia.

En la época en que nació Jesús, Palestina formaba parte de la provincia de Siria, gobernada por Quirino. La suprema autoridad del Imperio era Augusto. Lucas, en cambio, sugiere mediante su narración que quien maneja los hilos de la historia no es el poder del emperador, sino la voluntad divina. Augusto es sólo un instrumento en sus manos, alguien que, sin saberlo, está haciendo posible que se cumpla con toda exactitud el plan de Dios.

Las circunstancias más bien modestas que acompañan al nacimiento de Jesús contrastan con la majestuosidad y el prestigio del emperador, que era aclamado por el Imperio entero como su salvador. El reinado de Augusto (27 a.C.-14 d.C.) fue considerado por muchos como una era de paz. Lucas muestra que los acontecimientos verdaderamente decisivos para la salvación no tienen lugar en Roma, centro del poder imperial, sino en un lugar perdido y arrinconado del Imperio. El verdadero artífice de la paz no es Augusto, sino un pequeño niño nacido en Belén.

Belén, la ciudad donde había nacido el rey David, era entonces un insignificante pueblo situado a ocho kilómetros de Jerusalén. El alumbramiento de Jesús en este lugar tiene resonancias muy particulares para los hijos de Israel, pero adquiere también una dimensión universal al estar vinculado a un censo de población que implicaba a todos los súbditos del emperador. El niño que va a nacer no será sólo el Mesías de los judíos, sino el Salvador de todos los hombres.

El relato del nacimiento propiamente dicho ocupa sólo dos versículos (Lc 2,6-7). Del niño se señala simplemente que era el "primogénito" de su madre. Con ello no se quiere decir que la familia tuviese más hijos después de él. Lo importante es recordarnos que, por ser el primero, al recién nacido le corresponden una serie de derechos fundamentales recogidos en la Ley de Moisés.

La expresión "lo envolvió en pañales" puede referirse al hecho de fajar al niño a la usanza de la época. La frase describe primorosamente la solicitud maternal de María y nos recuerda la condición humana de Jesús (Sab 7,3-5). Algunos intérpretes han visto ya aquí un anticipo del sudario que cubrirá el cuerpo de Jesús en su sepultura. Ya hemos dicho antes que, de una manera más o menos velada, los evangelios de la infancia adelantan algunos de los temas fundamentales que se desarrollarán más tarde. Con la frase "lo acostó en un pesebre" se evoca el lugar donde se produjo el nacimiento: el establo o lugar destinado a los animales. La razón es que "no había sitio para ellos en la posada", es decir, en el lugar donde normalmente se hospedan las personas. Con ello se adelanta de alguna manera el rechazo que sufrirá Jesús por parte de su propio pueblo. Sobre el pesebre de Belén se proyecta ya la sombra de la cruz.

Después de la breve descripción del nacimiento del niño, Lucas narra la manifestación o anuncio público de esta "gran alegría" (Lc 2,8-12). Curiosamente, los primeros en recibir el anuncio del nacimiento del Mesías no son las autoridades políticas o religiosas del pueblo de Israel, sino los pastores. De este modo Lucas muestra que el mensaje de la salvación tiene unos destinatarios privilegiados: los pobres y los humildes; los desheredados y los más postergados de la sociedad; los olvidados..., los últimos. Este anuncio se proclama por medio de una aparición celeste en la que, con toda naturalidad, dialogan los hombres y los ángeles. Es la manera de hablar de la Biblia, que en muchos otros lugares se sirve de escenas de este tipo cuando un mensaje de Dios ha de ser escuchado por los seres humanos. El esquema es siempre el mismo y los elementos se repiten. A la aparición de los ángeles se sucede el miedo de los pastores. Viene luego el mensaje celeste, que siempre incluye las palabras "no temáis", y una señal que certifica la veracidad de lo que se dice y es como la garantía de que lo anunciado se cumplirá.

El ángel del Señor, que personifica la majestuosidad y la brillantez de la presencia de Dios, comunica una buena noticia. Toda la escena está envuelta en una atmósfera de alegría. Una alegría que debe comunicarse y expansionarse porque es "para todo el pueblo". Una alegría que, en el lenguaje de Lucas, nos recuerda que está amaneciendo la nueva era mesiánica. La era de la salvación. El núcleo del mensaje es sencillo. Según el plan de Dios, acaba de nacer un niño que será el Salvador de la humanidad, el Mesías, el Señor. El resto del evangelio se encargará de mostrar el alcance real de estos títulos, aplicados a Jesús ya desde el momento de su nacimiento.

Al terminar el anuncio a los pastores, una legión del ejército celestial se une al mensajero, y todos a coro entonan un himno de alabanza (Lc 2,13-14): "¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor!". Al oír al coro celeste, el lector se siente invitado a proclamar la gloria de Dios, porque el nacimiento de ese niño trae consigo una gran efusión de paz sobre todos los predilectos del Señor.

El mensaje celeste provoca una serie de reacciones en cadena: primero la de los pastores (Lc 2,15-17), luego la de los que escuchan el testimonio de éstos (Lc 2,18) y finalmente la de María (Lc 2,19).

Para comprobar la veracidad del mensaje, los pastores van a toda prisa a ver lo que ha pasado y encuentran al niño en el pesebre acompañado de María y de José. Ellos son presentados como ejemplo de fe sencilla y abierta porque creen espontáneamente en el mensaje que se les ha transmitido. La experiencia de los pastores es comunicativa. Cuando se divulga lo sucedido, se va extendiendo una reacción de sorpresa y de maravilla entre quienes se enteran, a

través de ellos, de un hecho tan extraordinario. María, en cambio, se repliega hacia su interior. Guarda sus experiencias y las medita en su espíritu. Se esfuerza por comprender el significado profundo de lo que ha vivido y de lo que le han contado los pastores. Ella también necesitó su tiempo para comprender la verdadera identidad de su hijo. Su actitud ante los acontecimientos, su meditación interior, corresponden a su personalidad de creyente y de esclava del Señor. Ella es la que "escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica" (Lc 8,21).

El episodio acaba con el regreso de los pastores. El silencio de la noche queda roto por sus alabanzas. En ellas resuena un eco lejano del cántico de los mensajeros. Lo que han visto y oído corresponde a lo que les habían dicho.

PARA PROFUNDIZAR

María en nuestra fe

Hay cristianos que se acercan hoy a la palabra "dogma" con un poco de recelo porque les suena a rigidez, a vida disecada, a expresiones que fueron formuladas en otras épocas y que hoy no se acaban de comprender bien. Pero si echamos una mirada a otros ámbitos de la vida, nos damos cuenta de que es una necesidad y una realidad humana fijar en ciertas fórmulas los conocimientos que se van adquiriendo. Por ejemplo, en matemáticas, encontramos fórmulas fijas, aceptadas por todos, que recogen mucho tiempo de investigación y trabajo (recuerda el principio de Arquímedes). Esto pasa también en otras ciencias, en las leyes, en la filosofía, incluso en el juego. Gracias a estas fórmulas sintetizamos el saber y lo aprendemos con más facilidad.

Lo mismo ocurre en la vida de fe. La Iglesia, mientras va viviendo su fe, la va expresando en ciertas fórmulas doctrinales, denominadas dogmas, que son precisas y claras para las personas que viven en esa época concreta. Después es necesario crecer en la comprensión de esas palabras y mensajes (DV, 8), para que las fórmulas no suenen a vida disecada y continúen manifestando la vitalidad de los creyentes en Jesucristo. Para expresar esa fe y crecer en su comprensión, la Iglesia cuenta con la ayuda imprescindible del Espíritu Santo.

¿Qué es un dogma?

La palabra "dogma" se aplica hoy día a las verdades definidas por el Papa o un Concilio Ecuménico como pertenecientes a la fe de la Iglesia. Un dogma recoge en fórmulas fijas la fe de toda la Iglesia,

el sentir del Pueblo de Dios, para que se conserve la verdad revelada. De hecho, la mayoría de los dogmas han surgido para corregir herejías, en tiempos en que alguna verdad de la doctrina cristiana corría el riesgo de perderse o adulterarse.

Los dogmas marianos

No todos los dogmas tienen la misma importancia: algunos se refieren al núcleo del ser cristiano, y otros a verdades más periféricas. Es importante tener esto en cuenta al hablar de los dogmas marianos. No hay que olvidar que nuestra fe está centrada en Jesucristo y que María nos ayuda a comprender en profundidad el Misterio de Cristo. Esta realidad aparece en nuestra forma de expresarnos: decimos, por ejemplo, que Jesús es Redentor y ella Corredentora, cooperadora en la obra de la Redención que llevó a cabo su Hijo. Sin embargo, no olvidamos su singularidad y los privilegios únicos de María, pero todo ello en conexión con Cristo y con la Iglesia.

El primer dogma que se proclamó relativo a María fue el de la maternidad divina de María. Fue declarado en Éfeso el año 431, en una época llena de discusiones y errores en torno a algunos aspectos de la persona de Cristo: unos negaban la divinidad de Jesús, otros su verdadera humanidad, y otros la unión de dos naturalezas, la divina y la humana, en una sola persona, la de Jesucristo. Todos éstos, además, rechazaban que María fuera Madre de Dios.

Fue entonces cuando se convocó un Concilio Ecuménico en Éfeso. Los asistentes reflexionaron lo que se decía sobre el tema en la Sagrada Escritura, estudiaron lo que habían enseñado los Santos Padres de la Iglesia, y recogieron el sentir del pueblo que invocaba a María como *Theotokos*, palabra griega que significa "Madre de Dios". Y junto a la verdadera divinidad y humanidad de Cristo, proclamaron Madre de Dios a la Santa Virgen María.

Con el correr del tiempo, la Iglesia quiso recoger la alabanza que el Pueblo de Dios tributaba a María proclamando dos dogmas que tienen su base en el destino irrepetible de su maternidad. Estos dos dogmas son: la Inmaculada Concepción que defiende, como privilegio de Dios, la plenitud de gracia en María, formulado en 1854. El otro dogma es la Asunción de María, promulgado en 1950 y que proclama que ella, toda su persona, ya goza de la Vida junto a su Hijo.

El dogma de la maternidad divina de María da sentido y hace comprensible todo lo que la teología afirma sobre ella. Si María es Inmaculada, fue para realizar mejor su vocación de Madre de Dios, en palabras del Concilio Vaticano II, "para abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios" (LG, 56). Si es Virgen fue para consagrarse "totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo" (LG, 56). Si

está glorificada fue "con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, vencedor del pecado y de la muerte" (LG, 59).

Ella que, además de engendrar a Cristo, supo ser la primera discípula y la esclava, es ahora, desde los Cielos, Reina, Madre, Modelo e Intercesora de toda la Iglesia que peregrina esperando el momento en que Cristo será todo en todos.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

En el próximo encuentro vamos a leer la escena de la presentación de Jesús en el Templo. Está en Lc 2,22-40. Tendremos presente esta pregunta:

¿Cuáles son las características de los diversos personajes que intervienen?

NOTAS

5 MARÍA, ENTRE LA LEY Y EL ESPÍRITU

¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

Como hemos visto en el tema anterior, María fue Madre de Dios. Llena de gracia y del Espíritu Santo, fue obediente a la Ley de Dios.

En este encuentro nos proponemos:

• Contemplar la humildad obediente de María y su actitud abierta ante la voz del Espíritu que le habla a través de Simeón y de Ana.

• Comprender la relación existente entre el cumplimiento de la Ley de Dios y la fuerza del Espíritu Santo.

• Caer en la cuenta de que también en el camino de nuestra vida cristiana nos guía el Espíritu Santo, hasta en las situaciones más "oscuras" e incomprensibles.

"Como prescribe la Ley del Señor"

Antes de comenzar, buscamos **Lc 2,22-40**

➤ Ambientación

La primera gran manifestación de Jesús es, según el evangelio de Lucas, su nacimiento de María Virgen. Pero sólo unos humildes pastores van a rendirle homenaje y comprueban que el anuncio que les había hecho el ángel es verdad. De la boca de esas personas humildes brota la glorificación y la alabanza a Dios.

En este episodio de la purificación de María y la presentación de Jesús en el Templo también hay humildad, mensaje divino y alabanza a Dios. Humildad en los protagonistas de la historia: María y José cumplen los preceptos de la Ley, aunque parece que podrían estar exentos de hacerlo, y lo hacen con la ofrenda propia de los pobres: un par de tórtolas o dos pichones; Simeón y Ana son unos ancianos sin renombre, pero movidos por el Espíritu Santo. El mensaje divino y la alabanza a Dios aparecen en boca de Simeón e, indirectamente, en la de Ana.

En este texto, la relación entre la Ley y el Espíritu Santo no es negativa. Habrá que buscar el modo en que ambas realidades se armonicen también en nuestra vida cristiana.

➤ Miramos nuestra vida

La vida está llena de leyes y preceptos de todo tipo (código de la circulación, leyes tributarias, Constitución, código penal...). También Dios, a través de la Iglesia, nos da unas normas de conducta y unos preceptos legales.

– *¿Creemos que las leyes sirven para algo? ¿Para qué?*

– *¿Cómo reaccionamos ante las normas?*

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

Tal vez hayamos descubierto que las normas (humanas y divinas) tienen un valor, aunque no siempre nos resulte evidente. La obediencia no es fácil. Puede ser que nos limitemos a cumplir, sin

más, o que intentemos rehuir la obediencia a aquellos preceptos que nos resultan molestos.

En todo caso, el pasaje que se va a proclamar a continuación nos muestra cómo es posible armonizar perfectamente obediencia y libertad en el Espíritu Santo, a imitación de María.

• Preparemos nuestro corazón con unos momentos de silencio para recibir la semilla de la Palabra de Dios.

• Un miembro del grupo lee Lc 2,22-40 en voz alta y sin prisa.

• Después cada uno relee el texto por su cuenta, consultando las notas de su Biblia, y reflexiona sobre lo leído.

• Luego se intenta responder entre todos a estas preguntas:

- El "sí" pequeño de María se inserta en una historia muy grande, la de la salvación para toda la Humanidad. *¿Dónde encuentras insinuada esta idea en el texto?*
- María obedece la Ley de Dios y lo hace movida por el Espíritu Santo, pero no es la única. *¿Qué otros personajes del texto comparten con ella esa actitud?*
- *¿Qué anuncia Simeón a María? ¿Qué quiere decir?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

El "sí" de María no se pronunció sólo en la Anunciación. María dijo "sí" continuamente. Llena como estaba del Espíritu Santo, percibía la presencia de Dios en todas las cosas. Ese Espíritu la guiaba en su camino de fe para ayudarla a descubrir la voluntad de Dios en cada momento. La Ley de Moisés era expresión de esa voluntad divina, y estaba inspirada por el mismo Espíritu que movía a María y que suscitó las palabras de Simeón y de Ana. Ante esa humilde apertura de María ante Dios, volvamos a reflexionar sobre nuestra vida:

- *¿Nos mueve más el Espíritu o la pura letra de la Ley?*
- *¿Cómo nos ayudan las normas de la Iglesia a vivir nuestra fe?*
- *En este sentido, ¿qué actitudes podemos aprender de María?*

➤ Oramos

María fue al Templo para cumplir la voluntad de Dios; pero no necesitaba estar en el Templo para ser consciente de la presencia divina. Dios también está aquí, en medio de nosotros, y nos habla. Hagámonos conscientes de ello en unos instantes de silencio.

• Leemos de nuevo Lc 2,22-40.

• Durante unos momentos de oración personal pedimos al Señor que nos ayude a comprender cada vez mejor su Palabra para vivirla con mayor coherencia.

• Expresamos en voz alta nuestra oración para que se unan a ella los demás miembros del grupo.

• Terminamos rezando juntos el Salmo 19 (18): "La Ley del Señor es perfecta, es descanso para el hombre".

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

El contexto inmediato de Lc 2,22-40 son los relatos (o "evangelio") de la infancia (Lc 1,5-2,50). Dichos relatos presentan en paralelo varios cuadros relativos a Juan el Bautista y a Jesús: anuncio del nacimiento de Juan y anuncio del nacimiento de Jesús; encuentro de María con Isabel seguido por el nacimiento de Juan el Bautista y nacimiento de Jesús seguido por el encuentro de María con Simeón. El pasaje de Lc 2,41-52 queda "suelto", anunciando la realidad profunda del misterio de Jesús y la ignorancia y oscuridad en que María y José viven su fe.

El pasaje de Lc 2,22-40 está marcado por el contraste entre Ley y Espíritu. La mención de la "Ley" aparece al principio (Lc 2,22-24), en el medio (Lc 2,27) y al final (Lc 2,39). En total, cinco veces, siempre en relación con María, José y Jesús. Por otro lado, se hace referencia al Espíritu Santo en tres ocasiones, hacia la mitad del pasaje (Lc 2,25-27). Siempre con referencia a Simeón.

Lo paradójico es que la Ley a la que se somete María es la del Antiguo Testamento, mientras que el pueblo de Israel, representado por Simeón, brilla con el resplandor del Espíritu Santo, propio del Nuevo Testamento. Lo viejo y lo nuevo se entrelazan íntimamente: ni la Ley es inútil en el Nuevo Testamento, ni el Espíritu estaba ausente en el Antiguo.

En el conjunto del evangelio de Lucas, ni la Ley ni el Espíritu aparecen mucho explícitamente. Pero siempre son menciones clave. La importancia del tema de la Ley y el Espíritu en Lucas se prolonga en la segunda parte de su obra, Hechos de los Apóstoles. Allí el Espíritu es don divino que hay que esperar (Hch 1,4-8), protagonista del nacimiento de la Iglesia (Hch 2,1-41) y de su expansión hasta los confines de la tierra (Hch 1,8; 4,8; 8,15.39; 10,44-45; 13,9; 16,6). La Ley de Moisés pierde valor como conjunto de normas rituales y obras humanas que no pueden obtener la salvación (Hch 13,38-39; 15), pero lo mantiene en cuanto da testimonio en favor de Jesús (Hch 24,14; 28,23).

Dentro de Lc 2,22-40, la Ley y el Espíritu se vinculan de manera especialmente significativa en Lc 2,27: allí los padres de Jesús, que van a cumplir lo mandado en la Ley, se encuentran con Simeón, lo Nuevo con lo Antiguo; y Jesús pasa de los brazos de María a los de Simeón, quien prorrumpe en alabanzas a Dios. Dichas alabanzas constituyen un himno suscitado por el Espíritu (véase Para profundizar).

María ha oído ya mensajes divinos pronunciados por distintos personajes del evangelio de Lucas. El ángel Gabriel le anunció que el niño sería grande, tendría el título de Hijo de Altísimo, recibiría el trono de David y reinaría sobre la casa de Jacob para siempre (Lc 1,32-33). Isabel, llena del Espíritu Santo, lo llama "mi Señor" (Lc 1,43). El ángel que avisó a los pastores lo llamó "un Salvador, que es el Mesías, el Señor" (Lc 2,11). Y María "guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón" (Lc 2,19).

Ahora, el himno de Simeón le anuncia de parte del Espíritu Santo algo más: los confines de la esperanza judía saltan por los aires, porque la salvación que ese niño trae es universal ("luz para iluminar a las naciones", Lc 2,32). Pero sin perder las raíces judías ("gloria de tu pueblo Israel", Lc 2,32; cf. Lc 2,38: "liberación de Jerusalén").

María sintetiza en su persona los dos grandes temas del pasaje: cumple la Ley y está llena del Espíritu. Y ambas cosas no se excluyen ni son realidades separadas. María es capaz de cumplir la Ley porque está llena del Espíritu Santo. La Ley entera no son simples preceptos rituales, sino los dos grandes mandamientos de los que todo pende: el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo (Lc 10,27). Para cumplir la Ley entera hacía falta un corazón nuevo (Jr 31; Ez 36), que sólo el Espíritu Santo podía crear. Y María tenía ese corazón (Lc 1,28). Ella recoge la esperanza de Israel y la cumple ya en su propia persona: es una criatura nueva, salvada, que vive una actitud nueva ante Dios. Por otro lado, la "obediencia en el Espíritu Santo" de María no es un acto aislado, sino que abarca su pasado, su presente y su futuro. De hecho, su vida fue un proceso de continua espera del Espíritu: al principio de Lucas, se abre al Espíritu de Dios en la anunciación y la encarnación (Lc 1,26-38); en Hechos, ora aguardando su venida en vísperas de Pentecostés (Hch 1,14).

Simeón transmite a María un mensaje más personal (Lc 2,34-35), que parece el reverso del panorama glorioso expresado en el himno: Jesús será bandera discutida, generador de discordia, espada que divide y que juzga. Y ella se verá traspasada dolorosamente por la espada del juicio realizado en el sufrimiento del Hijo. En el Nuevo Testamento se repite con frecuencia que la obediencia a Dios y el sufrimiento por su causa van unidos siempre (p. ej., Mt 5,11). Pero,

más en el fondo, se trata de una constante del camino de la fe: ya Abrahán tuvo que pasar por la oscuridad y la prueba para acreditar su fe (Gn 22); también María, modelo de creyentes, experimentará esa oscuridad en la que sólo brillará la luz del Espíritu, la fe, su única guía hasta la luz definitiva.

PARA PROFUNDIZAR

Los himnos y la esperanza mesiánica en Israel

Himnos judíos y cristianos

Los himnos son composiciones poéticas, generalmente de alabanza, animadas por el entusiasmo o el júbilo ante las grandezas de Dios o sus actuaciones en favor de los hombres. Con frecuencia se cantaban, a veces con acompañamiento musical.

Los primeros cristianos aprendieron del judaísmo el uso de salmos y cánticos religiosos que se utilizaban tanto en el culto público como en el privado. La tradición judía no se limitó a los Salmos y Cánticos bíblicos, sino que produjo incesantemente composiciones nuevas, como los Salmos de Salomón y los Salmos de acción de gracias de Qumrán. En esa tradición se sitúan también Rom 3,13-18, el himno de Ap 15,3-4 y los Salmos del judeocristianismo palestino conservados en Lc 1-2: el "Magníficat" (Lc 1,46-55), el "Benedictus" (Lc 1,68-79), el "Gloria in excelsis" (Lc 2,14) y el "Nunc dimittis" (Lc 2,29-32).

Los Salmos del Antiguo Testamento eran utilizados por los judíos en las grandes fiestas y en sus devociones privadas. Jesús los empleó (Mc 14,26; Mt 26,30: referencia a los Salmos 113-118). La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, adoptó los Salmos con fines cultuales, pero entendiéndolos sobre todo como profecías en las que se anunciaba la venida del mesías.

El sentido religioso de los himnos

La raíz del himno es una emoción religiosa incontenible que se manifiesta en forma de canto poético. Una vez compuesto, el himno sirve de cauce y de estímulo para el sentimiento religioso de todo el que lo recite. Entre la variedad de sentimientos religiosos que en la Biblia toman forma himnica (acción de gracias, alabanza...) destaca la esperanza de salvación. Dicha esperanza tiene, en muchos casos, un tono mesiánico: se espera que la salvación de Dios llegue a través de un mesías, un salvador.

Con esa esperanza en el corazón leían los judíos piadosos los Salmos y Cánticos del Antiguo Testamento. Esa esperanza es la que Simeón ve cumplida en el niño que tiene en brazos (Lc 2,28-32), en Jesús, el Cristo (término griego equivalente al hebreo "mesías", es decir, "ungido").

La esperanza mesiánica de los himnos cristianos

Se entiende fácilmente que los himnos que expresaban la esperanza mesiánica del Antiguo Testamento tuvieran una dimensión de futuro: el mesías tenía que venir aún. Pero ¿se puede hablar de esperanza mesiánica en los himnos cristianos?

Sí, en dos sentidos. En primer lugar, los himnos cristianos cantan la esperanza mesiánica que se ha cumplido en Jesús (ejemplo claro es el "Cántico de Simeón" o "Nunc dimittis"). En este sentido, miran al pasado. En segundo lugar, indican que la esperanza mesiánica del Antiguo Testamento ha empezado a cumplirse en Jesús, pero aún camina hacia su plenitud, que llegará al final de la Historia. En este sentido, miran al futuro. Ejemplos notables se encuentran en el libro del Apocalipsis (Ap 4,8.11; 19,1-2.6-8, entre otros).

Los himnos bíblicos como expresión de nuestra esperanza

También nosotros cantamos el cumplimiento de la esperanza mesiánica en Jesús. Él es quien hace presente en medio de nosotros la salvación de Dios. Pero, al mismo tiempo, sabemos que esa salvación no ha llegado a su plenitud. Todavía hay pecado, dolor y muerte fuera y dentro de nosotros. Todavía no ha llegado del todo el reinado de Dios. Por eso seguimos pidiendo "venga a nosotros tu reino" y "hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo".

Haber nacido después de Jesús no supone que ya no haya nada que esperar. En cada uno de nosotros se ha de cumplir la historia de salvación: el paso de la oscuridad del pecado y de la muerte a la luz de la vida y la resurrección. Sólo que, con frecuencia, tiniebla y luz se encuentran simultáneamente en nosotros. "Venimos" del pecado y de la muerte, "vamos" hacia la vida y la resurrección. Tenemos ya, en prenda, el Espíritu Santo, que es dador de esa vida nueva; pero caminamos en esperanza. Por eso también los himnos bíblicos que expresan una esperanza de salvación futura son adecuados para nosotros.

Un cristiano sin esperanza no es cristiano. No hemos llegado a nuestro destino. Somos peregrinos, en camino hacia nuestra patria definitiva. Y cantamos nuestra esperanza al caminar...

¿Cuidamos los cantos de nuestras celebraciones, como expresión y estímulo de nuestra fe? ¿Alentamos nuestra esperanza de salvación aun en medio de las dificultades, en un mundo que está perdiendo la esperanza? ¿Somos conscientes de nuestra responsabilidad de dar al mundo razón de nuestra esperanza?

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

En nuestra próxima reunión nos centraremos en Lc 2,41-52: María pierde a Jesús y lo encuentra en el Templo. Para preparar el encuentro, lee esos versículos y reflexiona sobre ellos apoyándote en estas preguntas:

¿Cómo reacciona María al perder a Jesús?
¿Y al encontrarlo?

NOTAS

6 MARÍA APRENDE A MADURAR COMO DISCÍPULA DE SU HIJO

¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

Hemos visto en la sesión anterior a María, que se encuentra a caballo entre la obediencia a la Ley y la novedad que le suscita el Espíritu. En este encuentro la observamos, igual que nosotros, como peregrina en la fe.

Pretendemos los siguientes objetivos:

- Descubrir lo que significa para María que Jesús empieza a tener autonomía.
- Darnos cuenta de que María también creció como discípula de Jesús.
- Percibir la necesidad de madurar como creyentes.

"Ellos no comprendieron lo que les decía"

Antes de comenzar, buscamos **Lc 2,41-52**

➤ Ambientación

La fe de María tuvo que ir creciendo a lo largo de su vida. La suya fue una fe, como la nuestra, que ignoraba el futuro, una fe que no comprendía muchas de las cosas que estaban ocurriendo en su vida, en la de su Hijo y en la de su pueblo. Pero fue también una fe ejemplar por su confianza sin límites, por su acogida, reflexión y meditación en el corazón de lo que no comprendía.

Vamos a acercarnos a ella para descubrir que la experiencia de Dios y la maduración en la fe es progresiva e implica fiarnos sin límites.

➤ Miramos nuestra vida

Quizá nunca, como en nuestro tiempo, se habla y se tienen tanto en cuenta los problemas educativos de los adolescentes y de los jóvenes. De muchas y variadas formas se nos ofrecen datos de los problemas que determinadas edades pueden desenmascarar. Pero hay un momento que es crucial: cuando el adolescente decide tomar su vida en sus manos independizándose de sus padres, cortando el segundo "cordón umbilical" que cuesta más que el primero. Quiero ser yo y empiezo a preguntarme qué hago con mi vida: profesión, estado (matrimonio, celibato, soltería...), dónde fundamento mi existencia...

– ¿En qué noto que he cambiado como persona desde pequeño?

– ¿Qué siento por dentro cuando los hijos, al crecer, quieren "ser ellos mismos"?

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

Según Lucas, Jesús pronunció sus primeras palabras en público en su juventud.

María no siempre comprendió las palabras ni las decisiones de su Hijo, pero aceptó las prioridades que Jesús empezaba a tener claras.

• Hacemos silencio en nuestro interior para escuchar la Palabra de Dios y percibir lo que quiere decirnos hoy.

• Un miembro del grupo proclama el pasaje de Jesús en el Templo: Lc 2,41-52.

• Releemos personalmente el texto consultando las notas de la Biblia.

• Finalmente, todos juntos, tratamos de responder a las siguientes preguntas:

- *¿De qué habla Jesús en el Templo? ¿María entiende a Jesús? ¿Por qué?*
- *¿Cómo expresa el texto la falta de comprensión de María y de José? Fíjate en los versículos 48 y 50.*
- *¿Cómo reacciona María ante lo que no comprende?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

La fe reflexiva de María, que guarda en su corazón lo que no comprende, nos invita a volver sobre los acontecimientos de nuestra vida para ir madurando, a partir de ellos, en nuestra fe.

- *¿Cómo han influido las experiencias de tu vida en la imagen que tienes de Dios?*
- *¿Nos pasa alguna vez como a María, que no entendemos las palabras de Jesús? ¿Cómo reaccionamos cuando no las entendemos?*

➤ Oramos

Como María y José, no siempre entendemos el mensaje que Jesús nos da. Es en la oración silenciosa, en la oración desde el corazón, donde el amor del Padre nos hará comprender, encontrar a Jesús, descubrir sus prioridades con relación a nuestro vivir.

• Hacemos un breve silencio para situarnos desde el corazón.

• Volvemos a proclamar Lc 2,41-52.

• Cada uno personalmente ora en su interior a partir de lo que el pasaje o la reflexión del grupo le ha sugerido. Podemos dar gracias a Dios porque nos cuestiona y nos hace salir de la rutina, o porque nos va haciendo, como a María, discípulos con mucha paciencia.

• Expresamos en voz alta nuestra oración.

• Terminamos recitando o cantando el Padrenuestro, dejando unos momentos de silencio reflexivo en el "hágase tu voluntad".

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Con el nombre de "El niño perdido y hallado en el Templo" conoce este pasaje nuestra piedad popular cuando contempla los misterios del Rosario. El pasaje se encuentra en la primera parte del evangelio de Lucas, en la sección dedicada al evangelio de la infancia (Lc 1,5-2,52).

El texto que vamos a comentar es un texto peculiar. Por una parte, no lo cuenta más que el evangelista Lucas. Por otro lado, es una etapa de la vida de Jesús y de sus padres que, aparentemente, no es significativa.

Humanamente descubrimos el momento en que Jesús, ya adolescente, empieza a expresar su autonomía, su primer intento de ser independiente de sus padres. La ocasión se la ofrece la Ley de Israel, según la cual los muchachos judíos que hubieran alcanzado la edad de la pubertad tenían que ir a Jerusalén tres veces al año (Éx 23,14-17). Allí Jesús, durante la Pascua y en el Templo, habla del Padre y de su filiación. El mismo texto nos advierte que, después de lo sucedido en esta escena, Jesús continuó sometido a sus padres. Esta autonomía es necesaria para que Jesús, *como cualquiera de nosotros*, pueda empezar a tomar su propia vida en sus manos. Aquí empieza a construir un mundo propio, desde su autonomía. La Gracia le llevará a poder establecer una relación adulta con Dios hasta reconocerlo, ya aquí, como su Padre ("Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres", Lc 2,52).

Lucas nos ofrece este pasaje de la vida adolescente de Jesús. En el momento en que empieza a ser adulto no sólo descubre a Dios como su Padre, sino que además está ya delineando su proyecto de vida: *ocuparse de los asuntos de Dios*. Esta perspectiva es muy positiva para los catecúmenos que se preparan para el bautismo. Éste es el marco en el que Lucas escribe su evangelio.

Y la base humana de Jesús es la que permite descubrir ciertos avances en la revelación del propio Jesús y de María.

• Jesús empieza a manifestarse como un maestro capaz de estar en medio de los maestros que se ocupan de estudiar e interpretar la voluntad de Dios (la Ley era, para los judíos, la expresión de la voluntad de Dios). Jesús empieza ya a hacer interpretaciones sorprendentes de esa voluntad de Dios ("todos los que le escuchaban se admiraban de su capacidad de comprensión y de sus respuestas").

• Cuestiona a su propia madre sus buenas costumbres. No es suficiente para María ir cada año a Jerusalén a cumplir con la Pascua; debe plantearse cuáles son los asuntos del Padre de su Hijo que es el propio Dios, según expresión de Jesús. Que María llegue a

descubrir los asuntos del Padre de Jesús, de Dios, es una cuestión que Lucas deja sin resolver hasta Pentecostés. Revelar la auténtica identidad de Jesús como hijo de Dios será obra del Espíritu Santo que recibirán en ese momento.

Por ahora, lo único que le queda a María, primera discípula, es aceptar que no entiende nada de este chico. Lo que está viendo la deja perpleja, pero se fía y confía. Guardar estas cosas en su corazón le conducirán a madurar su proceso de fe, como el de cualquier discípulo de Jesús que somos nosotros.

PARA PROFUNDIZAR

Los evangelios de la infancia

¿Qué son?

Los relatos de la infancia de Jesús (Mt 1-2 y Lc 1-2) pertenecen a un momento tardío de la tradición evangélica, cuando los cristianos tomaron interés por conocer los orígenes de Jesús: ¿quiénes son sus antepasados?, ¿dónde nació? El Mesías esperado se presentó como Hijo de Dios, ¿cómo pudo ser esto? Sirviéndose de diversos recursos literarios, los evangelistas Mateo y Lucas componen estos relatos para el fortalecimiento de la fe de los primeros cristianos y, ahora, de la nuestra. Además los evangelios de la infancia son como la obertura en una pieza musical: en ellos se tocan los temas que se desarrollarán más tarde en el resto del evangelio.

La expresión "evangelios de la infancia" no quiere decir que existan unos evangelios diferentes a los que conocemos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Nos referimos, al llamarlos así, a los episodios que Mateo y Lucas dedican, en sus propios evangelios, a ofrecernos algunos elementos que creyeron importantes para la fe de las comunidades cristianas y que tenían como marco la época de la infancia de Jesús. Los dos evangelistas se sirven de unas formas muy determinadas para escribir estos relatos de la infancia de Jesús y ofrecen sólo aquellos que pudieran ayudar a los cristianos a descubrir quién es Jesús.

El relato de Mateo

Mateo escribe su evangelio para cristianos que antes eran de religión judía. Por eso, tiene mucho interés en mostrar que Jesús es el Mesías esperado desde Abrahán. De esta forma, el origen de Jesús enlaza con quien era para los judíos su mayor antepasado.

Intercalando entre los antepasados de Jesús a cuatro mujeres extranjeras (Tamar, Rajab, Rut y Betsabé), de reputación poco cla-

ra, está indicando que los paganos y pecadores tienen su lugar en los planes de Dios.

Mateo da mucha importancia a la figura de José ya que los cristianos a los que dirige su evangelio son, en su mayoría, de origen judío. Y José significa el enlace de Jesús con toda la historia de salvación iniciada en el Antiguo Testamento.

Al decir que María engendra a Jesús de forma misteriosa, virginal, del Espíritu Santo, pero que estaba desposada con José, establece la relación entre Jesús y el Mesías esperado como descendiente de David.

El relato de la adoración de los magos de Oriente tiene como finalidad reforzar una idea que a los cristianos de procedencia judía les costaba asumir: Herodes y la gente importante de Jerusalén rechazan a Jesús; los magos de Oriente, paganos, lo reconocen como Mesías.

El relato de Lucas

Lucas, en los capítulos 1-2 de su evangelio, ofrece relatos del origen, nacimiento y primeros años de Jesús y de María. Es destacable, en el relato de Lucas, la comparación que establece entre las figuras de Juan Bautista y Jesús: anuncio de sus nacimientos, relato de los mismos, encuentro de las dos madres...

Para Lucas María tiene más relevancia que para Mateo, porque escribe para unas comunidades que necesitan consolidar su proceso de fe en un ambiente más pagano, menos judío, e influenciado por maneras de pensar diferentes, un poco como nos pasa hoy. María es la Madre del Hijo de Dios, por ello resalta más la humanidad de Jesucristo y, sobre todo, el proceso de fe de María que va estrechamente unido a la vida y misión de Jesucristo: escucha la Palabra, la acoge engendrando al Mesías en su cuerpo (frente a quienes pensaban que el Salvador era un ser celeste pero no humano), se alegra por las maravillas que ha hecho Dios a lo largo de la historia del pueblo de Israel, cambia el orden de las cosas tal y como están en este mundo ("derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes"), un dolor profundo le atravesará (la noche oscura de la fe que tendrá que pasar en el Calvario), no entiende lo que pasa, pero se fía y es dócil a la Palabra de Dios.

María aparece así, en Lucas, como el tipo/modelo de quien emprende el camino de la fe y del seguimiento de Jesús y a Él nos remite permanentemente.

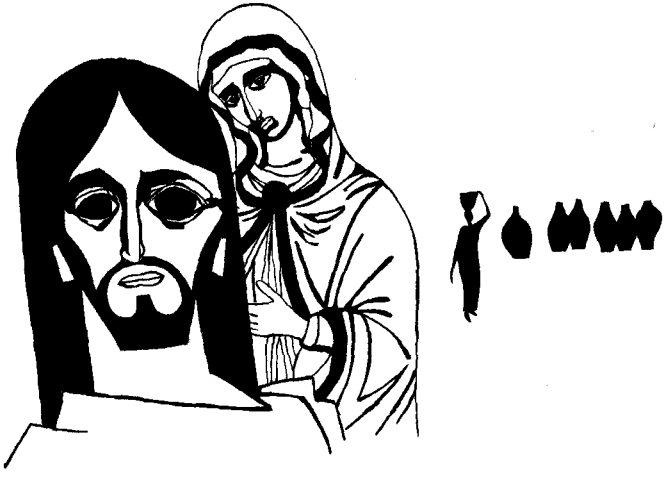
PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para continuar descubriendo la figura de María, en la próxima reunión la veremos en un pueblecito de Galilea, Caná, invitada con su Hijo a unas bodas. Para ello, vamos a leer Jn 2,1-11. Es importante que, después de leer este pasaje, anotes en un papel *lo que dice María a Jesús y lo que dice Jesús a María.*

NOTAS

NOTAS

7 MARÍA NOS ABRE A LA CONFIANZA Y A LA OBEDIENCIA



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

La sesión anterior nos presentaba a María ante un Jesús adolescente; ella no termina de comprender y emprende un proceso de purificación interior que le acompañará toda su vida. En la de hoy María y su hijo asisten a unas bodas. El ministerio público de Jesús ha comenzado, le acompañan sus discípulos.

En el encuentro de hoy pretendemos:

- Profundizar despacio toda la riqueza simbólica, religiosa y espiritual del pasaje de las bodas de Caná.
- Descubrir el papel de María, que invita a los oyentes a obedecer a Jesús.
- Abrirnos a la confianza y la obediencia como actitudes fundamentales en nuestro proceso creyente.

GUÍA DE LECTURA

"Haced lo que Él os diga"

Antes de empezar, buscamos **Jn 2,1-11**

➤ Ambientación

Los que confesamos a Jesucristo como Señor estamos diciendo que queremos que Él sea el que dirija nuestra vida. El seguimiento de Jesús es difícil porque supone vaciarnos de nuestras aspiraciones, de nuestros deseos, de nuestros planes, y dejar que Él vaya marcando el camino. Supone también dejar atrás el mundo de la observancia de las leyes antiguas que cohiben el espíritu para entrar en la novedad del buen vino que trae Jesucristo.

Frente a nuestro deseo de hacer lo que yo quiero o lo que yo creo que es lo mejor para mí o para mis planes, aparece con fuerza la figura de Jesús que viene a inaugurar una nueva relación con Dios y con los hombres. Una novedad que pide confianza, que pide obediencia, que pide dejarse llevar por aquel que nos ha invitado a seguir su camino.

➤ Miramos nuestra vida

No es fácil fiarse de otra persona. Frecuentemente hemos tenido experiencias negativas o nos han llamado la atención por ser demasiado ingenuos o crédulos. La actitud de la confianza, sin embargo, forma parte de los valores fundamentales de la persona. La falta de confianza hace crecer los temores, la inseguridad, el instinto de defensa, incluso la agresividad. La confianza, por el contrario, posibilita el diálogo, la amistad, la colaboración fecunda, la alegría de la fiesta.

– ¿Te ha sucedido alguna vez que no te fiabas de alguien y luego has cambiado de actitud?

– ¿Qué suele detenerte o qué suele impedir que te fíes de otra persona?

– Enumera situaciones en las que te fías de alguien. ¿De quién te fías? ¿Por qué te fías?

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

La Palabra de Dios es actual y directa. Va dirigida a cada uno de nosotros e ilumina los distintos aspectos que conforman nuestra vida con una fuerza y una novedad sorprendente, la fuerza y la novedad del mismo Dios.

• Antes de escuchar la Palabra de Dios hacemos un momento de silencio para prepararnos interiormente.

• Proclamación de Jn 2,1-11.

• Silencio. Leemos cada uno de nuevo el pasaje y miramos las notas de nuestras Biblias.

• Tratamos de responder juntos a estas preguntas.

- *Fíjate en los detalles del pasaje que hemos leído: día en que sucede, cómo le llama a su madre, las tinajas, etc.*
- *¿Cuáles son las palabras de la madre de Jesús? ¿A quién se dirige?*
- *¿Cuáles son las palabras de Jesús? ¿A quién se dirige?*
- *¿Cuál es la actitud de los sirvientes? ¿Y la del mayordomo?*
- *¿Cómo reaccionan los discípulos?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

Hemos reflexionado sobre la necesidad de sentir confianza en nuestra vida como actitud fundamental y hemos descubierto a María como la mujer que nos dice hoy a nosotros "haced lo que Él os diga". Miremos ahora nuestro interior para buscar dónde estamos, cómo vivimos la actitud de la confianza y la obediencia al plan de Dios en nuestra vida creyente. Para amar a Dios necesitamos fiarnos de Él; para confesar a Cristo como Señor necesitamos sentirlo presente y vivo en nuestra vida.

- ¿Quién conduce tu vida? ¿La conduces tú y tus normas o dejas que Jesucristo la guíe?

- ¿Te fías de Jesucristo y de su poder para hacer todo nuevo?

- ¿Ves en María a la mujer que muestra a Jesús y que te invita a seguirle sólo a Él?

➤ Oramos

Buscamos que sea el Espíritu de Dios el que hable en nosotros. Guardamos silencio para que su palabra resuene en nuestros corazones y nuestra oración brote espontánea y desde el corazón.

• Volvemos a leer Jn 2,1-11.

• Tras unos momentos de oración personal, cada uno va diciendo espontáneamente frases similiares a ésta: "En los momentos de... (alegría, angustia, dolor, etc.)" y todos responden: "Confío en ti, Señor".

Si alguno prefiere, podría expresar en forma de poema, de salmo, su oración en la que quedaran patentes sus motivos de confianza en Dios.

• Se puede terminar cantando "Oh mi Dios, confío en ti" (Ante ti Señor, mi alma levantaré); o también "Confiad siempre en Dios".

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Juan en la primera parte de su evangelio refiere siete signos realizados por Jesús, lo cual da lugar a ser conocida como "Libro de los signos" (Jn 2-12). Este evangelista llama "signos" a los milagros; el nombre indica que son acciones simbólicas, flechas indicadoras que nos invitan a buscar más allá del episodio concreto. En un primer momento Juan quiere presentar que las realidades antiguas han sido sustituidas o reemplazadas por otras nuevas que son las que de verdad purifican, salvan, sanan al hombre, frente a la incapacidad de las antiguas a las que se aferra el pueblo judío.

El relato de las bodas de Caná es un pasaje riquísimo en detalles y profundo en su significación. Por eso vamos a ir muy despacio, sin prisa, parándonos en las expresiones que consideremos necesarias para la comprensión del texto.

Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea (Jn 2,1)

¿Tiene alguna importancia el día en que tiene lugar esa celebración? Intuimos dos posibilidades. Puede aludir al día tercero, día de la plenitud, de la consumación, conforme al sentido de esta indicación en los anuncios de la Pasión (cf. Mc 8,31; 9,31; 10,34). Se referiría al tiempo de la victoria definitiva de Dios y de la plenitud humana. En este caso, las bodas serían un anticipo de la Pascua. La segunda posibilidad de interpretación nos lleva a sumar ese "tercer día" a los tres que ya ha nombrado Juan (cf. Jn 1,29.35.43). Si los sumamos al primer día (que no se nombra) da el número siete (uno, más tres, más tres). El siete nos recuerda el día de descanso de Dios, día de la culminación de la creación. Tanto si nos inclinamos por una interpretación como por otra está claro que el texto nos habla de un tiempo nuevo, en el que Cristo cambió el agua de las purificaciones rituales de los judíos por el vino nuevo de la nueva vida gozosa en Dios.

El acontecimiento que enmarca esta actuación de Jesús es una boda. No se nos indican los nombres de los novios o detalles de por qué estaban invitados, pues carecen de importancia. La boda representa la antigua alianza de Dios con su pueblo Israel. Son relaciones esponsales, de amor mutuo, de promesa de fidelidad y de enamoramiento no exentas de momentos de duda e infidelidad por parte del pueblo. Es una imagen muy conocida en los libros sagrados del pueblo judío. En este simbolismo de boda, Antigua Alianza, María personifica a los israelitas que han conservado la fidelidad a Dios y la esperanza en sus promesas. La madre de Jesús es consiguientemente la figura femenina que corresponde a la masculina de Natanael, el verdadero israelita (Jn 1,47).

No les queda vino

María no sólo es la mujer observadora que se da cuenta de una carencia material, sino que toma conciencia de la nueva situación que se abre a sus ojos. Mucho más allá de una simple observación de sensibilidad y prudencia, María da pie a que se inauguren los tiempos nuevos.

¿Qué nos importa a ti y a mí, mujer?
Déjame, aún no ha llegado mi hora

Con esta respuesta extraña Jesús indica la necesidad de romper con el pasado. María espera la actuación inmediata de Jesús que remedie aquella necesidad, pero Jesús le hace comprender que la Antigua Alianza ha caducado y que su obra no se basará en las antiguas instituciones sino que representa una novedad radical. La hora no se refiere a la de hacer milagros sino a la hora de cumplir su misión, a la hora de la cruz, la hora "de pasar de este mundo al Padre" (Jn 13,1). Esta hora en el evangelio de Juan no llega hasta Jn 12,27, en la segunda parte del evangelio.

Haced lo que Él os diga

Aparecen nuevos personajes, los sirvientes, y María les dice que se pongan a la completa disposición de Jesús. Ella no conoce los planes de su Hijo pero afirma que hay que aceptar su programa sin condiciones y estar preparado para seguir cualquier indicación suya. En el contexto de la alianza en que se desenvuelve la escena, la frase de María a los sirvientes adquiere todo su significado. Su frase hace alusión a la que pronunció el pueblo en el Sinaí, comprometiéndose a cumplir todo lo que Dios les mandase (Éx 19,8: "haremos cuanto dice el Señor"). María, representando al verdadero Israel, comprende por las palabras de Jesús que la antigua alianza ha caducado y que el Mesías va a inaugurar la alianza nueva; pide a los sirvientes que den su fidelidad a la alianza que Él va a promulgar.

Había allí seis tinajas...

Se interrumpe la narración para señalar la presencia de las tinajas destinadas a la purificación. La descripción es minuciosa: seis, de piedra, con capacidad para unos cien litros cada una. Las tinajas, enormes e inamovibles, parecen presidir la boda. Seis indica lo incompleto, frente al siete que expresa la plenitud, la totalidad (los siete días de la creación). Que sean de piedra recuerda las tablas de la Ley (Éx 31,18) y la profecía de Ezequiel: "arrancaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne" (Ez 36,26). La finalidad de las tinajas, la purificación, dominaba la vida religiosa de los judíos. Éstos observaban rigurosamente la pureza ritual de alimentos, vajilla, utensilios y del mismo cuerpo, para poder ser "puros" a los ojos de Dios. Para la purificación es necesario lavar cuidadosamente tanto los utensilios como algunas partes del cuerpo. Las enormes y pesadas tinajas son símbolo del mundo de la Antigua Alianza, de la Ley, que aún no ha sido alcanzada por el nuevo tiempo de salvación, que será simbolizado por el vino, vino nuevo, excepcional en calidad y abundante que simboliza a los tiempos mesiánicos.

Llenad las tinajas de agua

Se dirige a los sirvientes que, por indicación de la madre, están dispuestos a ejecutar lo que Él diga. Las tinajas estaban vacías, indicando su incapacidad. Jesús, al hacer que las llenen de agua, indica que Él va a ofrecer la verdadera purificación, pero no lo hará con un agua que limpia las impurezas externas, sino con un vino que entra en el hombre y lo llena de gozo. El vino, que es el amor, es la alegría que ha venido a traer Jesús.

Todo el mundo sirve primero el vino de mejor calidad...

El reproche del maestresala al novio indica que el vino nuevo es mejor que el antiguo. El plan de Dios sigue una línea ascendente. El Mesías va a inaugurar una época incomparablemente superior a la antigua. La verdadera boda, con alegría plena, va a comenzar con Jesús, el verdadero esposo.

PARA PROFUNDIZAR

El matrimonio judío

Las raíces del Antiguo Testamento

En los tiempos antiguos del pueblo de Israel la poligamia (el estar casado con varias mujeres) era considerado como algo normal (Dt 21,15). El número de esposas dependía de la situación económica del varón que las desposaba, pudiendo llegar a tener en el

caso de los ricos un harén numeroso (2 Sm 3,2-5). No era rara la bigamia (dos esposas), pero la mayoría de los hombres sólo podían permitirse desposarse con una sola. Esto mismo sucede hoy en culturas del Próximo Oriente cercanas a la mentalidad semita.

En los textos bíblicos sapienciales y proféticos se presenta, sin embargo, la imagen de una sociedad monogámica (una sola esposa). La mayoría de las veces era el deseo de tener muchos hijos (Gn 1,28) lo que impulsaba al varón a tomar una segunda mujer, sobre todo cuando la primera era estéril o sólo tenía hijas.

El novio o el padre de la novia están obligados a dar al padre o al tutor de la novia una compensación de orden económico. Había distintas posibilidades: una cantidad establecida por las dos partes, un servicio importante o unos años de trabajo para el padre de la novia (Gn 29,15-30). Esto indica que se trata en realidad de una compensación dada a la familia de la joven por la pérdida de ésta, importante tanto por su potencial como mano de obra como instrumento de ventajosas alianzas.

La edad núbil (edad considerada apta para contraer matrimonio) no coincide en la antigüedad con la pubertad. Las muchachas podían ser dadas en matrimonio a partir de los cinco años (Lv 27,1). En cuanto a los muchachos, se recomienda que el padre los case desde la infancia (Eclo 7,23). De ahí que el matrimonio se arregle en general entre los padres.

En esta época antigua, el pago completo de la dote sellaba el matrimonio. La esposa era introducida solemnemente en la casa del marido, era tomada por el esposo, que consumaba el matrimonio. Al dejar la casa paterna se había llevado consigo su ajuar y parte de la dote. En caso de repudio por parte del marido, la esposa podía recuperar la dote, pero no tenía derecho a la herencia del marido y mucho menos a los bienes raíces de éste, que debían quedarse en el clan.

El matrimonio judío en la época neotestamentaria

En la época de Jesús la situación había evolucionado pero manteniéndose dentro de la tradición del pueblo judío. Se llega al matrimonio monogámico, es decir, con una sola mujer, si bien sabemos que algunos, como el rey Herodes, no lo observaron. La boda se celebraba muy pronto; se recomienda conceder a las muchachas en matrimonio desde la edad de los 12 años y casar a los muchachos a los 18; la edad de 20 años se considera como un límite extremo. Es muy raro que un hombre no se casara; de hecho, no existe en hebreo una palabra que sea sinónima a célibe.

Los desposorios, por los cuales las dos partes quedaban comprometidas en matrimonio, precedían a la cohabitación y a la consumación. Era de tal importancia el compromiso que se adquiría que

se consideraba la infidelidad de cualquiera de los dos como auténtico adulterio, pues el matrimonio existía ya legalmente. De ahí que el castigo debía ser la pena de muerte.

Se admitían tres procedimientos de contrato de matrimonio: el pago de la dote como en la antigüedad, el acuerdo sellado por un contrato escrito y el simple consentimiento mutuo seguido de la consumación efectiva del matrimonio.

La boda tiene lugar cuando el novio ha preparado el nuevo hogar. Con sus amigos se dirige de noche a casa de la novia, que está esperando con velo y vestidos de novia, llevando las joyas que el novio le ha regalado. A veces él le regalaba una cinta de monedas para la cabeza. En una sencilla ceremonia se quitaba el velo del rostro de la novia y se colocaba en el hombro del novio. Éste y sus amigos llevaban a la novia a su nueva casa o a la de sus padres para la fiesta. Los invitados esperaban en la calle con sus mejores atuendos y se dirigían en una procesión con antorchas hasta la nueva casa, a veces entre música y baile. Esta costumbre se sigue observando hoy en día en las culturas semitas. Los festejos solían durar varios días, siendo lo más frecuente que se extendieran hasta siete (Tob 10,7).

La fidelidad conyugal se daba por supuesta, al menos por parte de la esposa, y el adulterio se contaba entre los crímenes capitales. El marido, en cambio, no incurría en ningún castigo si mantenía relaciones sexuales libres con esclavas o prostitutas.

Respecto al divorcio, el marido tenía el derecho de repudiar a su mujer si "ha encontrado en ella algo desagradable" (Dt 24,1). El marido hacía una declaración contraria a la del matrimonio, "ella no es mi mujer ni yo soy su marido" (Os 2,4), y le daba un libelo de repudio que permitía a la mujer repudiada volver a casarse. El hombre que acusaba falsamente a su mujer de no ser virgen cuando la había tomado por esposa o que había tenido que casarse con una joven con la que había tenido relaciones sexuales, quedaba privado del derecho de repudiarla (Dt 22,13-19.28s).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

En nuestra próxima reunión vamos a hablar de la familia de Jesús. Para prepararla, leemos Mc 3,31-35 y reflexionamos sobre esta pregunta:

¿Qué dice Jesús sobre su familia?

8 MARÍA Y LA FAMILIA DE JESÚS

¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

Jesús tuvo una familia humana, en la que María ocupó un puesto muy especial por ser su madre. Pero los vínculos de sangre tienen para Jesús poco valor. Vamos a descubrirlo en este encuentro, en el que nos proponemos:

- Reflexionar sobre el modo en que Jesús entiende el verdadero parentesco con Él.
- Caer en la cuenta de cómo María es madre de Jesús no sólo por los vínculos puramente humanos que lo unen a Él, sino también por escuchar el mensaje divino y ponerlo en práctica.
- Convertirnos en verdaderos parientes de Jesús, que, como María, escuchan su Palabra y la ponen por obra.

"¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?"

Antes de comenzar, buscamos **Mc 3,31-35**

➤ Ambientación

Ningún ser humano ha tenido con Jesús una relación tan especial como María. Ella fue quien, por su escucha obediente de la Palabra divina, lo concibió y dio a luz. Por ella recibimos el gran don de Dios que es su Hijo encarnado. Aparentemente, no cabe una dignidad mayor. La maternidad divina de María sería, según eso, su mayor grandeza, que le permite interceder siempre ante Jesús (como en las bodas de Caná). Sin embargo, la relación de María con Jesús no se reduce a un parentesco puramente natural. Ella fue Madre de Dios porque cumplió la voluntad de Dios: "Hágase en mí según tu palabra".

Es muy normal considerar a los parientes personas próximas, de confianza, con las que se comparten muchas cosas. Por eso los cristianos, la familia de los hijos de Dios, nos llamamos "hermanos". Por nuestra relación con Jesús, el Hijo, hemos entrado en esa familia divina. Sólo los que lo reciben y creen en Él (cf. Jn 1,12) llegan a ser hijos de Dios.

Los verdaderos parientes de Jesús, por tanto, no son necesariamente los que parecen estar más cerca de Él. Sólo quien escucha la Palabra de Dios y la cumple, como hizo María, es madre, hermana y hermano de Jesús.

➤ Miramos nuestra vida

Todos distinguimos claramente entre quienes son nuestros parientes y quienes no lo son. Pertenecer a una familia da derechos en el trato con los demás parientes, y también crea obligaciones. Pero, a veces, tanto en la familia humana como en la divina, buscamos sólo los derechos y descuidamos los deberes. Por otro lado, a veces sucede que tenemos una relación familiar con quienes no son de nuestra sangre.

– ¿Tenemos la experiencia de llevarnos "como si fuéramos familia" con alguien que no es pariente nuestro? Cuenta alguna experiencia.

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

Es posible que hayamos descubierto en nuestra vida aspectos negativos de egoísmo disfrazado de "sentimientos familiares" de todo tipo. Hasta en la relación con Jesús confundimos a veces el parentesco espiritual que nos une a Él con algo a lo que tenemos derecho y que no nos obliga a nada o a casi nada.

La Palabra de Dios que vamos a proclamar desenmascara todo eso y nos pone ante el elemento clave del parentesco con Jesús. Ser hijo de Dios es un don que se regala a los que acogen a Jesús y creen en Él (cf. Jn 1,12). Genera derechos, sí, pero sobre todo un "deber": una forma de vida nueva que consiste en cumplir siempre la voluntad de Dios. Así fue la vida de Jesús, el Hijo, y la de María, la Madre. Así debe ser la vida de las hermanas y hermanos...

- Preparémonos con unos momentos de silencio a acoger la Palabra de Dios.
- Un miembro del grupo lee Mc 3,31-35 en voz alta y sin prisa.
- Después cada uno relee el texto por su cuenta, consultando las notas de su Biblia, y reflexiona sobre lo leído.
- Luego se intenta responder entre todos a estas preguntas:
  - En el texto hay dos grupos claramente delimitados: los que están fuera del ámbito de Jesús y los que le rodean. *¿Qué es lo característico de cada uno de ellos?*
  - *¿Quiénes de los allí presentes cumplen la condición que Jesús pone? ¿Cómo lo hacen?*
  - María está fuera, pero también está dentro... A la luz de este texto, *¿qué es lo que Jesús valora más de ella?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

Hemos visto dónde está, para Jesús, el verdadero parentesco con Él. Es la fe la que nos sitúa en la verdadera familia para un cristiano.

– ¿Me ayuda la fe en Jesús a considerar familia a otros que no son de mi familia? ¿Cómo?

– ¿A quién hemos de reconocer como "madre", "hermano", "hermana" de Jesús?

➤ Oramos

María escuchó la Palabra de Dios y la puso en práctica. Por eso fue la Madre de Dios. Su cumplimiento de la voluntad divina lo

vivió en continuo diálogo con Dios: María hizo de cada momento de su vida una oración. Imitemos ahora su ejemplo, haciendo oración. Podemos dar gracias a Dios porque nos ha regalado el don de ser hijos suyos, y también pedirle que nos ayude a cumplir la tarea que ese don nos exige: realizar siempre su voluntad.

• Podemos encender una vela ante la Biblia abierta, como símbolo de nuestro propósito de "arder" continuamente en presencia de Dios cumpliendo su Palabra.

• Después de unos momentos de recogimiento, se lee de nuevo Mc 3,31-35.

• Tras un momento de silencio expresamos la oración (súplica, acción de gracias, petición...) que la meditación de este pasaje del evangelio ha provocado en nosotros.

• Podemos terminar rezando juntos la oración de C. de Foucauld, "Padre, me pongo en tus manos".

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

El evangelio de Marcos se divide en una introducción (Mc 1,1-13) y dos partes. La primera de ellas (Mc 1,14-8,30) tiene como hilo conductor a Jesús como Mesías que proclama el reino de Dios. La segunda (Mc 8,31-16,8) desarrolla la realidad de Jesús en cuanto Hijo de Dios que muere y resucita. La primera parte, que es la que aquí nos interesa, consta a su vez de tres secciones. Las tres tienen un esquema parecido: Jesús actúa y sus oyentes reaccionan ante su actuación. Primero son los fariseos (Mc 1,14-3,6), después el pueblo (Mc 3,7-6,6a) y finalmente los discípulos (Mc 6,6b-8,30). El pasaje que nos ocupa, Mc 3,31-35, se inserta en la segunda sección: la reacción de los familiares de Jesús se considera como parte de la del pueblo, que no comprende a Jesús.

Mc 3,31-35 (y los textos paralelos de Mateo y Lucas) nos presenta una escena fácil de imaginar. Hay dos planos: en primer término, Jesús rodeado de gente que escucha sus palabras y ve lo que hace; en segundo término, casi invisibles debido a la muchedumbre, la madre y los hermanos de Jesús, que mandan a decir a Jesús que salga, que quieren verlo. Hay, por tanto, dos ámbitos espaciales claros: los que están "dentro" del círculo creado por Jesús (la gente) y los que están "fuera" de dicho círculo (los parientes). Este juego espacial (cerca-lejos, dentro-fuera) tiene una evidente carga simbólica: la posición espacial respecto a Jesús es signo de la postura espiritual respecto a Él. De hecho, seguimos hablando hoy en día de los "alejados" para referirnos a los creyentes que han abandonado la fe o, al menos, algunas de sus prácticas exteriores. Lo paradójico es

que, en este pasaje evangélico, están lejos/fuera quienes en apariencia debían estar más cerca de Jesús y más dentro de su círculo: sus parientes. Este simbolismo es simple y fácil de entender para quien está familiarizado con la Biblia: los papeles se invierten, el que está arriba es derribado y el humillado se ve ensalzado.

Según Mc 3,21, los parientes de Jesús, al enterarse de lo que hacía, "fueron para llevárselo, pues decían que estaba trastornado". Sabemos por otros pasajes que los parientes de Jesús no creían en Él (Jn 7,5; cf. Mc 6,4 y par). En todo caso, algunos textos de Mateo y Lucas dicen que María no participaba de esas actitudes de su parentela. Por otro lado, también nos consta que muchos de los que escuchaban la predicación de Jesús rechazaron su mensaje (Mc 4,1-20 y par).

¿Cómo entender, entonces, el simbolismo espacial al modo tradicional cuando María está lejos/fuera y muchos incrédulos están cerca/dentro?

En el simbolismo espacial del pasaje hay que distinguir tres planos:

1) Los parientes de Jesús entienden literalmente su lejanía y la quieren corregir. Desean que Jesús salga hasta donde ellos están y les haga el caso que merecen. Se creen con derechos especiales sobre Jesús, y quieren estar cerca de Él para controlarlo y evitar que perjudique el honor familiar.

2) Para Jesús, la posición espacial también tiene valor simbólico. Quiere crear una nueva familia, su familia creyente, que esté cerca de Él, dentro de su círculo. Dicha familia sólo puede nacer de la escucha y acogida de su palabra. En esto no tienen ninguna ventaja sus parientes. También ellos, si quieren entrar en esa nueva familia, han de escuchar y creer (= "cumplir la voluntad de Dios") para estar cerca.

3) La libertad humana para acoger y rechazar a Jesús hace posible que el simbolismo espacial no coincida, por el momento, con la realidad: hay cercanos que en realidad están lejos, y lejanos, en cambio, que están cerca. Esto supone dos cosas. En primer lugar, que a veces las apariencias engañan. Estar cerca no significa automáticamente ser verdadero hermano de Jesús. Estar lejos no supone ser ajeno a Jesús. (Pensemos en la parábola de la cizaña y el trigo [Mt 13,24-30]: los dos crecen entremezclados, sin que sea posible separarlos hasta el final.) En segundo lugar, que el único modo de distinguir a los verdaderos parientes de Jesús es su actuación ("Por sus frutos los conoceréis"): cumplen la voluntad de Dios.

La escena a la que asistimos, pues, no está hecha y acabada, sino que se está haciendo, se encuentra en movimiento. Jesús no se deja acaparar por su familia humana porque está creando su

familia divina. Ya desde ahora, sus verdaderos parientes son los que, como Él, hacen la voluntad del Padre. Ésos han nacido de Dios (Jn 1,13). Por eso puede llamarlos "hermanos" y "hermanas". Pero el número de estos "hermanos" no está cerrado, ni limitado a los que parecen encontrarse más cerca de Jesús (los cristianos en general, los que van a misa, los sacerdotes o religiosos, los pertenecientes a grupos parroquiales, etc.).

Las palabras de Jesús ("Éstos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre") son la clave para entender el movimiento de los diversos planos del texto.

Es extraña la afirmación de que una misma persona ("el que cumple...") puede ser "hermano, hermana y madre" de Jesús. Indica que el parentesco divino no es tan limitado como el humano en sus funciones, ni presenta diferencias por razón de sexo (como dice Pablo, en Cristo "no hay ya ni hombre ni mujer", Gál 3,28).

La mención de la "madre", junto a "hermano y hermana", alude a María. Ella es modelo de cumplimiento de la voluntad de Dios. Su "sí" hace posible el nuestro, pues sin el suyo no habríamos recibido a Cristo ni, por tanto, el acceso a la filiación divina. Con nuestro "sí", podemos concebir a Jesús en nuestro corazón y darlo a luz cumpliendo la voluntad del Padre.

La situación descrita en el pasaje, hemos dicho, se está haciendo, se encuentra en movimiento. Ésa es también la realidad que vivía la comunidad para la que Marcos escribe su evangelio: como Jesús, muchos de esos cristianos han tenido que romper con sus familias humanas para incorporarse a la nueva familia de los creyentes; pero saben también que su "sacrificio" no les da ningún "derecho" sobre Cristo ni sobre su salvación, pues sólo el cumplimiento de la voluntad de Dios mantiene al cristiano dentro de la familia de Jesús; experimentan en su vida que la fe no se adquiere de una vez para siempre, no es estática, sino algo vivo que ha de crecer, un camino que se ha de recorrer a ejemplo de María. Una situación, ésta de la comunidad de Marcos, que sigue siendo de absoluta actualidad para nosotros.

PARA PROFUNDIZAR

La familia en tiempos de Jesús

"Familia" en sentido estricto y en sentido amplio

Entre los hebreos, el tipo familiar vigente en tiempos de Jesús era el patriarcal. El padre tenía la autoridad y la ejercía sobre todos

los miembros de la familia. Ésta la componían el padre, la madre, los hijos y los esclavos (p. ej., Mt 10,25.35; Rom 14,4). La familia (la "casa") formaba la célula y la base de la sociedad.

El término "familia" con frecuencia tenía un sentido más amplio, que llegaba a comprender al pueblo entero o a una parte importante de él. Otras veces se confundía con el clan, o sea, el conjunto de varias familias que procedían de un mismo tronco y habitaban un mismo lugar. Esta noción de familia es la que subyace tras Mc 3,31-35 y par. Los "hermanos" de Jesús no son hijos de María, sino parientes cercanos (p. ej, primos), que en hebreo y arameo se llamaban también "hermanos" (cf. Gn 13,8; 14,16; 29,15; Lv 10,4; 1 Cr 23,22s; Mt 13,55 y par; Jn 7,3s; Hch 1,14; 1 Cor 9,5; Gál 1,19).

"Familia" en sentido religioso

La importancia de la familia en la sociedad israelita, y su función como centro de la instrucción religiosa (que estaba a cargo del padre), explican la aplicación del término a Israel y a la comunidad de Cristo: son "familia de Dios" (Jr 31,1; 1 Tim 3,15; 1 Pe 4,17).

Las comunidades domésticas que se mencionan en el Nuevo Testamento (Hch 11,14; 16,15.31.34; 18,8; 1 Cor 1,16; Flm 2; 2 Tim 1,16; 4,19) surgieron sin duda porque las casas eran lugar de reunión. En ellas se predicaba el evangelio (Hch 5,42; 20,20) y se celebraba la cena del Señor (Hch 2,46).

En el Nuevo Testamento, la conversión del cabeza de familia llevaba a todos los de su casa a la comunidad y a la fe (Hch 16,31.34; 18,8; cf. Jn 4,53). Así, se habla, por ejemplo, del bautismo de "casas" o familias enteras (1 Cor 1,16; Hch 16,15; cf. Hch 16,33; quizás también Hch 18,8).

La formación de comunidades domésticas, explicable por la situación misional, fue de la mayor importancia para la difusión del Evangelio.

En la Iglesia primitiva había que contar con un desgarramiento de las familias debido al Evangelio (Mt 10,35s y par). A quienes abandonan su familia humana por causa de Jesús se les promete "en esta vida cien veces más en casas y hermanos y hermanas y madres e hijos" (Mc 10,29s y par): en lugar de la familia rota aparece la familia de Dios, la comunidad de fe.

La familia cristiana hoy

Como en los comienzos de la Iglesia, las comunidades cristianas son ámbitos donde se vive la realidad de la hermandad que Dios nos regala en Cristo. Y, como entonces, ellas son el lugar donde se ha de predicar el evangelio y celebrar la cena del Señor. Su crecimiento, su expansión misionera, se producirá entonces como es debido: de dentro afuera, por desbordamiento de la propia vitalidad interior.

Dentro de la gran familia de Dios, las familias cristianas en sentido estricto desempeñan un papel fundamental. Son "iglesias domésticas" (así las llama el concilio Vaticano II). En su interior se debe vivir la fe e instruir en ella a los hijos. De esa actividad nacerá su dimensión misionera, exterior.

Desde este modelo que se nos propone, debemos examinar nuestras comunidades cristianas y ver hasta qué punto son verdaderamente familia de Dios, es decir, ámbitos donde se vive la hermandad divina con la libertad de los que se saben hijos de Dios. La escucha de la Palabra y la celebración de la eucaristía son momentos fundamentales, pero a la vez son simples medios para vivir la fe, para cumplir la voluntad de Dios.

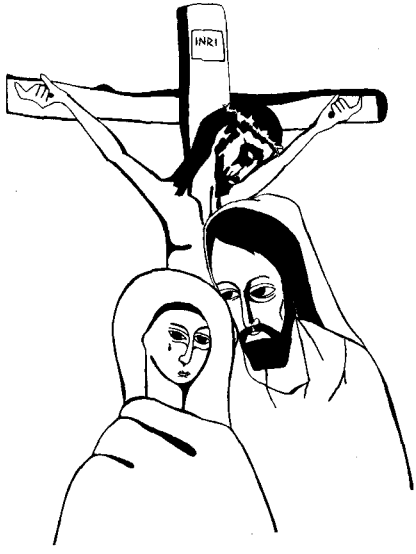
PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

En nuestra próxima reunión nos centraremos en Jn 19,25-27, María de pie, junto a la cruz. Para preparar el encuentro, lee esos versículos y reflexiona sobre ellos apoyándote en esta pregunta:

¿Cómo encara María el sufrimiento de la pasión y muerte de su Hijo?

NOTAS

9 MARÍA, LA MUJER FUERTE Y ACOGEDORA, EN MEDIO DEL DOLOR



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

La Virgen María, desde el momento en que escuchó las palabras del anciano Simeón hasta el momento de expirar su Hijo en la cruz, conoció de cerca el sufrimiento, supo muy bien lo que era el dolor y experimentó el sabor de la cruz. Por eso, en este encuentro trataremos de:

- Contemplar a María de Nazaret que está de pie junto a la cruz, al lado de otras mujeres y del discípulo amado.
- Aprender de ella el sentido que podemos dar al sufrimiento cuando éste llega a nuestra vida.
- Convertirnos en personas capaces de encarar el sufrimiento desde el seguimiento de Jesús, al estilo de la "mujer fuerte" que se mantuvo de pie junto a la cruz.

GUÍA DE LECTURA

"María estaba de pie, junto a la cruz de Jesús"

Antes de comenzar, buscamos **Jn 19,25-27**

➤ Ambientación

Al acoger hoy estos versículos del evangelio de Juan que nos hablan de la actitud de María en el marco de la Pasión y la Gloria de Jesús, y nos presentan los nuevos vínculos que nacen junto a la cruz, dejemos que el Espíritu nos transmita su luz para que también nosotros seamos capaces de vivir con sentido positivo el sufrimiento y el dolor.

➤ Miramos nuestra vida

El dolor y el sufrimiento son uno de los problemas más serios que toda persona, más tarde o más temprano, tiene que enfrentar en su vida. El dolor puede ser físico, como la enfermedad; puede ser también de otro nivel más profundo, y entonces le llamamos sufrimiento moral o simplemente sufrimiento, pero ambas vertientes se presentan muchas veces juntas.

– *¿Has vivido de cerca el dolor y el sufrimiento de otras personas?*

– *¿Cómo te parece que han encarado esa situación?*

– *¿Podemos aceptar lo que afirman algunas personas de que estamos en esta vida para sufrir?*

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

Al acercarnos a la Palabra de Dios, nunca agotamos su sentido en una primera lectura. Al contrario, cuando pasa el tiempo y volvemos a abrir una página ya conocida del evangelio, descubrimos con asombro luces especiales que iluminan nuestra situación, y encontramos nuevas fuerzas para enfrentar preocupaciones o sufrimientos personales y colectivos que nos agobian. En la escena que hoy queremos contemplar, especialmente a través de la Virgen María, se nos ofrecen unas claves para iluminar el sentido del dolor y para descubrir el valor que puede encerrar el sufrimiento.

• Procuremos colocarnos también en pie junto a la cruz, y leamos atentamente Jn 19,25-27.

• En el silencio de nuestro corazón, consultando las notas de nuestra Biblia, dejemos que se ilumine la escena del Calvario y acojamos las luces que la Palabra, siempre viva y actual, nos quiere transmitir.

- *¿Hay algo en esta escena que nos llame la atención: personajes, gestos, palabras que se repiten?*
- *¿Qué significado puede tener "estar de pie" junto a la cruz?*
- *¿Cuál nos parece que es el mensaje fundamental que el texto pretende transmitir?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

La "mujer fuerte" que se mantuvo en pie junto a la cruz de Jesús, en compañía de unas pocas personas, consiguió hacer suya la propuesta de Jesús: "si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16,24; cf. Mc 8,34; Lc 9,23), y vivió esa situación intensa y serenamente. Para nosotros, hablar hoy de dolor y de sufrimiento equivale a decir "cruces". Lo importante no es suprimir "las cruces de la vida", sino descubrir la manera de situarnos frente a ellas.

- *¿Cómo encaramos nosotros el sufrimiento: con desaliento y rebeldía o con ánimo y esperanza?*
- *¿Qué luces y fuerzas nos ofrece la escena de María al pie de la cruz para enfrentar los momentos de dolor y de sufrimiento?*

➤ Oramos

Después de haber contemplado a la Virgen María en pie junto a la cruz de Jesús, ahora es el momento de manifestar delante de Dios nuestros sentimientos y actitudes. Podemos hablarle al Señor y dirigirle una palabra de gratitud por lo que significa la Virgen María en nuestro caminar de discípulos.

• Volvemos a leer el texto de Jn 19,25-27 y hacemos oración en silencio durante unos instantes.

• Después, expresamos en voz alta nuestro sentir a partir de lo que hemos meditado y dialogado.

• Finalmente, podemos concluir rezando juntos las palabras con las que oró el anciano Simeón: Lc 2,29-32.

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Para poder comprender el hondo significado de esta escena, es importante situarla dentro del cuadro más amplio que nos describe Jn 19,18-42. El eje de todo está en "Jesús exaltado en la cruz". Pero en ese cuadro encontramos cinco escenas llenas de simbolismo: 1) Jesús es presentado en el trono de la cruz (Jn 19,18-22); 2) le quitan todo lo que era suyo: reparten sus vestidos (Jn 19,22-24); 3) la mujer que está en pie junto a la cruz es puesta en manos del discípulo así como el discípulo amado es puesto en manos de la mujer/madre (Jn 19,25-27) 4) Jesús entrega su espíritu, y de su costado abierto salen sangre y agua (Jn 19,28-31); 5) la quinta escena, después de bajar el cuerpo de Jesús, nos introduce en el sepulcro junto con Él (Jn 19,38-42).

Por la misma construcción literaria de este relato, se da a entender que la tercera es la más importante para el autor del cuarto evangelio: lo que se refiere a la mujer/madre y al discípulo amado es ya lo último que Jesús debía hacer para completar su obra. Jesús es consciente de que, después de esto, todo está cumplido (Jn 19,28).

Para entender mejor este episodio tan significativo, podemos fijarnos en tres aspectos que el texto nos sugiere:

a) Dónde estaba María: "Junto a la cruz de Jesús" (Jn 19,25). El estar junto a la cruz de Jesús no es una referencia secundaria. Sólo ese pequeño núcleo de personas que estaban de pie junto a la cruz de Jesús pueden dar un testimonio completo de su exaltación. De ahí viene el sentido y la fuerza para encarar el sufrimiento. Dime dónde están tus pies y te diré lo que ves, lo que sientes y lo que vives.

b) Cómo estaba: "Estaban de pie su madre, la hermana de su madre..." (Jn 19,25). La manera de estar es muy importante. Generalmente las traducciones de este versículo indican que junto a la cruz de Jesús "estaban" su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. Y dan por supuesto el modo de estar. Pero la traducción correcta debería ser "estaban de pie". No es lo mismo estar acostado, estar sentado o estar de pie. Y el término empleado en griego quiere resaltar precisamente que "estaban de pie". En el Apocalipsis se emplea varias veces la misma palabra y se traduce como "estar de pie", porque envuelve el sentido de firmeza, de victoria (cf. Ap 10,8-15,2; 19,17); también de gloria: "El Cordero estaba de pie sobre el monte Sión. Y con él los ciento cuarenta y cuatro mil que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en la frente" (Ap 14,1). María está junto a la cruz, pero no de cualquier manera sino "de pie". No derrotada, ni desalentada. Sino con firmeza, con dignidad y esperanza.

c) Con quién estaba: María no está sola. En medio del sufrimiento, se le abren perspectivas que anteriormente no eran imaginables. "Jesús, viendo a su madre y, junto a ella, al discípulo a quien tanto quería, dijo a su madre: mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: ahí tienes a tu madre" (Jn 19,26-27a). Ese ver de Jesús va más allá de las apariencias externas. En el cuarto evangelio, la visión se transforma más de una vez en oráculo. Así, cuando Juan Bautista ve a Jesús que se acerca y dice: "Éste es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29); y cuando el mismo Jesús ve a Natanael que está llegando, exclama: "Éste es un verdadero israelita en quien no hay doblez" (Jn 1,47). También ahora se trata de una visión que revela una realidad más profunda.

Nuevos vínculos de familia: la palabra "madre" tiene un relieve especial. Aparece cinco veces en tres versículos. "Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya" (Jn 19,27b). De igual manera que el que acoge la Palabra recibe el poder de ser hijo de Dios (Jn 1,12) y los que aceptan las palabras del Maestro creen en quien lo ha enviado (Jn 17,8), así el discípulo acoge a María como expresión de la aceptación de Jesús y de su Palabra. María pasa a ser la madre del discípulo, de todo discípulo, de la comunidad creyente; y el discípulo de Jesús en todos los tiempos y lugares, la comunidad de fe, será por siempre el hijo de esta Madre.

Estos versículos del cuarto evangelio, breves e intensos, sencillos y profundos, han despertado siempre en el corazón de los creyentes ecos singulares de ternura y arranques firmes para "sufrir con", para vivir como María la "compasión" junto al hermano. De la conjunción de los tres elementos que el texto nos señala depende el sentido y el valor del sufrimiento en la vida del ser humano:

1) Situarse junto a la cruz de Jesús y, en Él y con Él, junto a quien sufre. 2) Permanecer de pie, sin admitir la derrota aunque de momento nos parezca estar vencidos. 3) Acoger la compañía y la solidaridad de quienes están a nuestro lado, abriendo el corazón, no sólo para la compasión, sino para compartir experiencias radicales y para establecer nuevas e inefables relaciones.

PARA PROFUNDIZAR

El sentido del dolor y del sufrimiento en la Biblia

El hecho del dolor

La Biblia reconoce que el dolor es una realidad universal: "El hombre nacido de mujer se consume como un leño podrido, como

un vestido apolillado; tiene una vida breve y repleta de miserias" (Job 14,1). "Desde el que lleva púrpura y corona, hasta el que viste burdo paño, todos sienten furor, envidia, turbación, inquietud, miedo a la muerte, rivalidades y peleas" (Eclo 40,1-7). En sus páginas no sólo se escuchan quejas, sino también gritos y lamentos. Son tan frecuentes los lamentos, que hasta hay un género literario propio llamado "Lamentación". La mayor parte de las veces esos gritos se elevan a Dios: los esclavos de Egipto gritan a Dios (Éx 2,23); en el desierto, los hijos de Israel se quejan amargamente ante Yavé (Nm 11,1). Desde las calles de la Jerusalén destruida por los babilonios suben los lamentos (Lam 5,20-22). Los Salmos están llenos de estos gritos de aflicción en cada etapa de la historia y llegan hasta "el gran clamor y las lágrimas de Cristo a las puertas de la muerte" (Heb 5,7). Pero, a pesar de esas constantes referencias al dolor y al sufrimiento, nunca se afirma que éstos, como tales, sean fuente de alegría.

El sufrimiento en sí mismo no es bueno, y hay que rechazarlo

Esta posición quedó marcada solemnemente y con trazos inolvidables en el libro de Job. El protagonista sufre, y grita su sufrimiento a los cuatro vientos. Los tres amigos, Elifaz, Bildad y Sofar, que han venido a verle, después de prorrumpir en gritos y lamentos, se quedan junto a él en silencio durante siete días y siete noches, sin atreverse siquiera a dirigirle la palabra. Entonces Job abre su boca y maldice el día de su nacimiento: "Desaparezca el día que nací y la noche que dijo: ¡Ha sido concebido un hombre!" (Job 3,3-23a).

Es lógico que el ser humano no se resigne ante la enfermedad y el sufrimiento. En la misma Biblia se repite sin ambigüedades que "el que tiene salud glorifica al Señor" (Eclo 17,28). La salud es un bien inmenso que se le pide a Dios. En lugar de exaltar el dolor, se aguarda la era mesiánica como un tiempo de curación (Is 33,24) y de resurrección (Is 26,19; 29,18; 61,2). La misma serpiente de bronce en el desierto (Nm 21,6-9) será presentada como figura del Mesías (Jn 3,14), como signo de salud y de vida.

En medio del sufrimiento es posible dar pasos hacia la esperanza y la alegría

A pesar de las peores catástrofes, el pesimismo no triunfó nunca en Israel; y menos aún el fatalismo de dejarse arrastrar por la corriente del sufrimiento como algo absolutamente inevitable. Es muy significativo el hecho de que el autor del libro de Job no pueda terminar su escrito con la nota de desesperación, como tampoco lo hace el Eclesiastés, que aconseja, a pesar de todo, alegrarse de la vida (Job 42,7-16; Ecl 3,2.24; 9,7-10; 11,7-10). Hasta los profetas más inmer-

sos en el sufrimiento descubren siempre un resorte de esperanza y de felicidad en medio de las desgracias (Jr 9,16-23).

Las páginas de la Biblia también nos enseñan a acoger, dentro del sufrimiento, la revelación de un designio divino que nos sobrepasa (Job 42,1-6; 38,2). Antes que Job, ya lo reconocía también José delante de sus hermanos (Gn 50,20). Por eso, el libro de la Sabiduría habla de la felicidad de la mujer estéril, pero intachable, y de la dicha del eunuco que no practicó el mal (Sab 3,13-14).

Discípulos del Crucificado

Si el cristiano vive en la fe, "no es ya él quien vive, sino que Cristo vive en él" (Gál 2,20); de la misma manera, los sufrimientos del cristiano son los sufrimientos de Cristo en él (2 Cor 1,5). Como discípulos de Jesús nos movemos en su escuela, somos algo suyo y, por tanto, el sufrimiento nos configura con Él (Flp 3,10).

Cristo, aun siendo el Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia (Heb 5,8); del mismo modo es preciso que nosotros corramos el combate que se nos ofrece, puestos los ojos en el autor y consumador de nuestra fe (Heb 12,15). Cristo, que se hizo solidario de los que sufren, deja a los suyos la misma Ley (1 Cor 12,26; Rom 12,15; 2 Cor 1,7).

Por tanto, la cruz de Cristo no se opone a la felicidad, sino a la satisfacción de los deseos inmediatos y egoístas que se presentan como si ellos fueran la felicidad. La cruz de Cristo se opone al placer entendido como el disfrute ambicioso y perjudicial para los demás. Si acogemos el evangelio en la clave que Jesús ofrece (Mt 5,3-12), no podemos encontrarnos sino con una propuesta de felicidad. En esta vida concreta, Jesucristo y su Palabra nos convocan a ser bienaventurados, felices, dichosos.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

María es testigo de la muerte de su Hijo. Le acompaña hasta el Calvario entregándose junto con Él. Pero también es testigo, unida a la primera comunidad cristiana, de su victoria, de su Resurrección. Es lo que vamos a reflexionar en el próximo encuentro. Para prepararlo, lee Hch 1,3-14 y trata de responder a esta pregunta:

¿Qué instrucciones da el Resucitado a sus seguidores en Jerusalén?

NOTAS

10 MARÍA CON LOS DISCÍPULOS A LA ESPERA DEL ESPÍRITU

¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En el último encuentro María está de pie junto a la cruz y nos es entregada como Madre. En esta sección la contemplamos, tras la muerte y resurrección de Jesús, formando comunidad cristiana con el grupo de apóstoles y esperando con ellos la fuerza y el impulso del Espíritu Santo.

Nos proponemos los siguientes objetivos:

- Contemplar a María con los discípulos en espera del Espíritu.
- Reflexionar en torno a cuatro rasgos marianos: María oyente, orante, Madre y oferente.
- Preguntarnos por el lugar que ocupa María en nuestras vidas y comunidades y si es nuestro modelo en la formación de actitudes que construyan comunidad cristiana.

GUÍA DE LECTURA

"Todos perseveraban unánimes en la oración con María, la Madre de Jesús"

Antes de comenzar, buscamos **Hch 1,12-14**

➤ Ambientación

En todos los pasajes bíblicos sobre los que estamos reflexionando aparece de una u otra forma la figura de María orante: la hemos descubierto acogiendo la Palabra en la Anunciación, alabando a Dios con el "Magníficat", meditando en su corazón lo que no comprendía, desde las palabras de su Hijo cuando se perdió en el Templo hasta su aparente fracaso en la cruz.

Hoy, a partir de un pasaje del libro de Hechos de los Apóstoles, vamos a descubrirla orando con la comunidad de los primeros seguidores de Jesús resucitado, en espera del Espíritu.

➤ Miramos nuestra vida

María ocupa un lugar destacado en nuestras iglesias. En ellas la encontramos bajo distintas advocaciones, sola o llevando en brazos a Jesús. Tenemos también su imagen en nuestras casas, en nuestros pueblos se celebran fiestas en su honor y muchos de nosotros, hombres y mujeres, llevamos su nombre en el nuestro: José María, Miriam, María del Pilar...

– ¿Qué significa María en tu vida? ¿Cómo la invocas en tu oración?

– En tu parroquia o comunidad cristiana a la que perteneces, ¿qué lugar ocupa María en las catequesis, celebraciones, oraciones...?

➤ Escuchamos la Palabra de Dios

Según el libro de Hechos de los Apóstoles, María formaba parte de la primera comunidad de los seguidores de Jesús; en ella ocupaba un lugar destacado, compartía lo que esa comunidad estaba viviendo tras la Ascensión de Jesús y en espera del Espíritu.

- Nos ponemos en disposición de abrirnos a la Palabra guardando un momento de silencio e invocando el auxilio del Espíritu Santo.
- Leemos Hch 1,12-14.

• Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia para que nos ayuden a entenderlo mejor.

• Respondemos entre todos a estas preguntas:

– *¿Dónde se desarrolla la escena?*

– *¿Por qué en Jerusalén? (lee Hch 1,4-8)*

– *¿A quiénes nombra Lucas en estos versículos? ¿Por qué?*

– *¿Qué características tiene la oración de esta comunidad?*

– *¿Qué están esperando? ¿Por qué?*

➤ Volvemos sobre nuestra vida

Lucas nos ha mostrado a María insertada en una comunidad cristiana unida en la oración, esperando al Espíritu Santo.

Sin duda a lo largo nuestras reuniones habremos descubierto, además de ésta, otras actitudes de María que pueden ayudarnos en nuestro camino de fe.

– *¿Qué actitudes de María nos ayudan a ser discípulos de Jesús y a formar comunidad cristiana?*

– De entre la actitudes que habéis comentado en el grupo, *¿cuál puedes aportar para que crezca tu parroquia, tu comunidad?*

➤ Oramos

Con María, mujer del Espíritu, y unidos a los primeros testigos de Jesús Resucitado, también nosotros pedimos la llegada del Espíritu Santo a nuestras vidas, a nuestras familias, comunidades, a nuestro mundo.

Para ambientar el lugar de la oración y situarnos nosotros mismos podemos colocar en un lugar visible de la sala o en el centro del grupo un símbolo alusivo al Espíritu Santo.

• Volvemos a leer Hch 1,12-14 acogiéndolo como Palabra de Dios que nos interpela.

• Después de unos momentos de oración personal, podemos expresar en voz alta, en forma de petición, de acción de gracias o compromiso algo que haya resonado especialmente en nuestro corazón.

• Podemos concluir este momento de oración cantando "Espíritu Santo, ven, ven" o, si lo sabemos, el canto "Veni Creator Spiritus".

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

En el conjunto de los cuatro evangelistas, podríamos dar a san Lucas el título de "catequista" porque, buscando que sus cristianos comprendan y celebren mejor el mensaje cristiano, separa algunos recuerdos sobre Jesús que los otros evangelistas presentan unidos. Por ejemplo, Lucas distingue entre el tiempo de la resurrección de Jesús, la Ascensión y la venida del Espíritu. Tres aspectos que Marcos, Mateo o Juan presentan como uno solo.

Tener en cuenta esto es el primer paso para situar en la obra de Lucas el pasaje que estamos reflexionando. Según este evangelista, Jesús resucitado, antes de subir al cielo, da a sus seguidores un programa misionero que sólo podrán llevar adelante con el impulso del Espíritu Santo (Hch 1,8-9). Jesús sube al cielo y la comunidad de los primeros seguidores se reúne esperando al Espíritu prometido. Éste es el contexto del pasaje que hemos tomado para esta guía de lectura.

Situándonos en el pasaje en sí, lo primero que hay que señalar es que Hch 1,12-14 es un *sumario*. Los sumarios son paradas que Lucas hace en la narración para señalarnos brevemente algún aspecto importante de lo que ya se ha dicho o de lo que va a venir. Aquí quiere dejar claras algunas actitudes importantes de la primera comunidad, y subrayar que el tiempo entre la Ascensión y Pentecostés es un tiempo de oración en común como preparación para la venida del Espíritu. Por tanto, los sumarios son como resúmenes y pausas de reflexión en medio del relato. Lucas un poco más adelante volverá a retomar actitudes clave en la vida comunitaria y también el tema de la llegada del Espíritu y su animación a la comunidad a lo largo de toda la tarea misionera de ésta.

En el pasaje que hemos leído hay tres palabras que nos dan la clave para reconocer algunas actitudes de esa primera comunidad reunida: *perseverancia, unanimidad y oración*. Constancia en la oración y unión de sentimientos son rasgos que van a marcar el ideal comunitario de Lucas a lo largo de toda su obra. Los muestra como ejemplo para la vida de la Iglesia, sin distinción de tiempo o lugar.

En cuanto a la oración, es, según Lucas, una característica muy importante del cristiano, no sólo como individuo, sino también como comunidad. Así nos presenta a cristianos orando en diversas circunstancias: Esteban ante su muerte (Hch 7,59-60), Ananías ante el encuentro con Pablo (Hch 9,10-16), Pedro antes de la misión en casa de Cornelio (Hch 10,9). Lucas incluso caracteriza al auténtico seguidor de Jesús como una persona llena del Espíritu Santo (Hch 6,5; 9,17). Los Hechos nos ofrecen una imagen de comunidad orante: se ora en común en momentos de persecución (Hch 4,24-

31), o en las elecciones para servicios dentro de la iglesia (Hch 1,24; 6,6; 13,1-3).

Por tanto al señalar Lucas que "todos perseveraban unánimes en la oración" (Hch 1,14) está señalando un estilo de vida que deberá caracterizar a los seguidores de Jesús y que él va a seguir retomando a lo largo del todo su libro.

Podríamos preguntarnos por los *miembros* que integraban esa comunidad que espera al Espíritu Santo. En el pasaje, ¿se nombra a alguien?

– Se nombra a los Once dando el nombre de cada uno.

– Se nombra al grupo de las mujeres, y nos vienen a la memoria aquellas que habían seguido a Jesús en su ministerio público (Lc 8,2-3; 23,55; 24,10). Colocarlas como una parte de la comunidad es algo propio de Lucas, pero totalmente anormal en la época por la marginación a que estaban sometidas. De entre ellas se nos da un nombre, "María, la madre de Jesús".

– Se nombra también a los "hermanos" de Jesús, posiblemente se refiere a sus parientes cercanos.

Sólo se nos dan doce nombres: los Once y María. Serían las personas más destacadas de la comunidad. Ocurre lo mismo hoy entre nosotros: no se citan todas las personas que asisten a un acto determinado, sólo las más relevantes. Podríamos deducir, entonces, que en esa comunidad María ocuparía un lugar destacado, junto a los Once.

Ella, que había sido la principal testigo en los primeros años de la vida terrena de Jesús, que supo ir conservando y meditando en su corazón los acontecimientos de la vida de su Hijo, es presentada ahora como parte importante de una comunidad que es testigo de la Resurrección y que espera, en unidad con los seguidores de Jesús y en clima de oración, la fuerza y el impulso del Espíritu Santo.

PARA PROFUNDIZAR

El proceso creyente de María, camino de la Iglesia

A lo largo de todas estas sesiones hemos tenido la oportunidad de contemplar las escenas en las que aparece María. Lo hemos hecho fijándonos en aquellos textos, fundamentalmente de Lucas, en los que este evangelista nos la presenta. Desde el anuncio del ángel de que iba a ser la madre del Hijo de Dios hasta su presencia junto a la Iglesia naciente antes de Pentecostés.

Pablo VI, en su Exhortación Apostólica "Marialis Cultus", recoge los momentos esenciales de la vida y la experiencia creyente de

María en cuatro rasgos que son especialmente iluminadores de su vida. Estos rasgos son necesarios para contrastar nuestra devoción a María, descubrir su papel como Madre en el orden de la gracia, darle el culto que ella realmente agradece y tratar de no "fabricarnos" un culto mariano a nuestra medida.

María oyente

En las primeras sesiones descubríamos a María como una mujer que escucha la Palabra de Dios a través del ángel Gabriel. Aparece, ante todo, como una "oyente" que acoge con fe la Palabra de Dios. Con dificultades ("Cómo será eso..."), con turbación y miedo ("No temas, María") accede a cumplir la voluntad de Dios en un primer abandono de fe.

María nos ayuda a descubrir nuestro propio proceso creyente cuando este proceso ya ha sido iniciado. María ya creía en el Dios del Antiguo Testamento. Por eso, es difícil creer cuando no hay alguien que nos pone en el camino de la fe. Pero, una vez que emprendemos ese camino, descubrimos, como María, que tenemos miedo y turbación cuando se trata de acoger la Palabra de Dios. Pero es su misma actitud la que permite darnos cuenta de que nuestros miedos y turbaciones para creer nos las quita el propio Dios: "no temas", "no temáis". Si María, fiándose, llegó a ser plenamente mujer, la Iglesia actual, fiándose de la Palabra de Dios, podrá seguir engendrando a Jesús resucitado para el mundo presente.

María orante

En el "Magníficat" y con los apóstoles hemos visto a María "orante", orando y alabando a Dios, perseverando en la oración con la Iglesia naciente. María medita en su corazón las realidades que no comprende en su Hijo, las progresivas manifestaciones del Padre que, para Ella, son todavía misterio. María proclama la grandeza del Señor y las intervenciones salvíficas de Dios. María ora con perseverancia, en unión de los apóstoles, cuando se hace difícil aceptar la resurrección de su Hijo.

De María aprendemos los creyentes a saber esperar. Pero, como dice Pablo VI, ella vive una esperanza activa que le mantiene colaborando con el Espíritu en llevar adelante su plan de salvación sobre nosotros, las personas humanas. Esta esperanza activa se opone a la resignación que atribuye a Dios los bienes y los males que nos suceden y nos paralizan a la hora de actuar. La resignación impide orar y actuar. Y, algo más grave, nos coloca en manos de quien quiere manipular nuestras conciencias a base de que la situación de injusticia y pecado no cambie. La Iglesia es también "virgen orante" que cada día presenta al Padre las necesidades de sus hijos y

alaba incesantemente al Señor e intercede por la salvación del mundo. Y porque ora con perseverancia, la Iglesia no se resigna ante las situaciones de injusticia existentes en el mundo, ni utiliza la resignación para tranquilizar la conciencia de sus miembros ni para dejar de luchar por hacer a sus fieles y a todos los hombres libres.

María Madre

María es también, así lo hemos podido constatar, Madre que engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre por su obediencia de fe. Este hecho, reservado exclusivamente a María, es motivo para los creyentes de un gozo que compartimos con ella y por el que nos unimos en la alabanza y la gratitud a Dios nuestro Padre.

La virgen-Iglesia se convierte en madre porque con la predicación de la Palabra y el Bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo. Éste es el gran regalo que agradecemos a la Iglesia, virgen madre: el don de la fe y del Bautismo. ¿Seremos capaces, como hijos de la Iglesia, de poner amor donde percibimos egoísmo, y libertad donde percibimos esclavitud, incluso cuando nos damos cuenta de que esos pecados son cometidos en la propia madre-Iglesia? Reto de un amor adulto que va integrando el pecado propio y ajeno en el amor que Dios nos ha manifestado en Cristo.

María oferente

En el pasaje de la presentación de Jesús en el Templo descubrimos a "María oferente". Por un lado, al presentar al Salvador en el Templo manifiesta la continuidad del plan de Dios desde el Antiguo Testamento. Y lo presenta, en boca de Simeón, como salvador universal y, por tanto, la salvación es para todos los hombres.

Por otro lado, nos ayuda a orientar nuestra mirada, que busca salvación, hacia la cruz de Jesús: "Y a ti una espada te atravesará el alma".

De esta condición oferente de María, la Iglesia es también partícipe. A la Iglesia le ha sido confiado por su Hijo el misterio de la Eucaristía, ofrenda singular del propio Jesucristo, memorial de su pasión, muerte y resurrección. La Iglesia no sólo convoca a sus hijos a esta celebración el domingo, sino que ella misma trata de ofrecerse a sí misma, como correspondencia a Quien se entregó por ella, para que llegue a todos este don precioso que es la Eucaristía. A imitación de María, los miembros de la Iglesia somos urgidos a entregar a Cristo, que habita en nosotros, para que la oferta de salvación llegue a todos los hombres y mujeres.

María es estímulo para hacer de la propia vida una ofrenda a

Dios. El "sí" de María es una lección para todos los cristianos. Lección y ejemplo para convertir la obediencia a la voluntad del Padre en camino y medio de santificación propia. Testimonio de que esta obediencia es la única capaz de engendrar a Cristo hoy. A toda la Iglesia y a cada uno de sus miembros nos toca buscar y cumplir la voluntad de Dios para que Cristo sea engendrado en el mundo actual.

NOTAS

NOTAS

ÍNDICE

Presentación 5
1 María de Nazaret, oyente activa de la Palabra 9
2 María, bendita y bienaventurada 17
3 María alaba al Señor 25
4 María, Madre de Dios 33
5 María, entre la Ley y el Espíritu 41
6 María aprende a madurar como discípula de su Hijo 49
7 María nos abre a la confianza y a la obediencia 57
8 María y la familia de Jesús 65
9 María, la mujer fuerte y acogedora, en medio del dolor ... 73
10 María con los discípulos a la espera del Espíritu 81